



Pregón de la Inmaculada

Real e Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Sevilla
Fundación Farmacéutica Avenzoar

PORTADA: *Inmaculada Concepción “La colosal”*. Bartolomé E. Murillo. 1652. Museo de Bellas Artes. Sevilla

MARÍA,
LLENA DE GRACIA Y
LIBRE DE PECADO

Manuel Losada Villasante

Pregón de la Inmaculada

Real e Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Sevilla
Fundación Farmacéutica Avenzoar

Sevilla, 28 de noviembre de 2010

PRESENTACIÓN DE MANUEL LOSADA VILLASANTE



Ilustrísimo Señor Presidente del Real e Ilustre Colegio Oficial de Farmacéuticos, Ilustrísimos Señores de la mesa presidencial, Excelentísimo Señor Losada Villasante, queridos colegas en la profesión y amigos.

Hoy me corresponde el honor de presentar a quien este año va a pronunciar el XXXII pregón a la excelsa Patrona del nuestro Colegio. Es tradicional, que el pregonero, sea presentado por quien lo fue el año inmediato anterior.

Se trata nada menos, como todos sabéis, de nuestro colega: MANUEL LOSADA VILLASANTE. Premio PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y TÉCNICA EN 1995.

Ha sido propuesto durante varios años para el Premio Nobel.

Manuel Losada es muy próximo a nosotros: participa en nuestros actos, en nuestras inquietudes, colabora y es un gran amigo.

Es cierto que Dios le dio dones excepcionales y también lo es que él ha sabido trabajar y obtener unos resultados espectaculares y brillar en los campos del saber, todo ello con su dedicación y esfuerzo.

Su historial científico es tan amplio que no he tenido más remedio, que espiar selectivamente, para exponer lo que he considerado más esencial de su amplísima actividad y sin hacer interminable esta presentación.

He asistido a cuantas conferencias o charlas de él que he podido, y también he leído trabajos suyos. Y siempre me ha sorprendido. Lo que él dice, lleva el sello especial de quien piensa profundamente y además sabe expresarse. Hay razonamientos nuevos por los que él nos lleva y sabe mantener una intriga tal, que no se pierde palabra de cuanto dice.

Es un científico, pero además es investigador. Investigar.....siempre envidio a los investigadores, ellos poseen el don de la eterna juventud. Cuando uno es muy joven siente ese deseo de saber, de buscar, de desentrañar los secretos de la tierra, como dice el libro del Génesis, incansable, una y otra vez hasta encontrar lo que se busca, lo que se imagina. Ellos, van tratando de mejorar con sus trabajos

el entorno en que viven y en realidad lo consiguen, obtienen logros geniales en la actualidad y en todos los tiempos, que se los debemos a ellos. Gracias a Dios que existen.

En su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Córdoba, titulado: entre Córdoba y Sevilla, dice: “nada hay tan bello para el científico como la verdad pura y desnuda del comienzo y del fin”.

Se considera a sí mismo como “moderno nativo de la antigua Karmo” la ciudad fenicia del dios Sol, titulada hoy “Lucero de Andalucía”: Carmona.

Cuando se habla de Manuel Losada Villasante no se puede prescindir de su esposa: Antonia Friend O’Callaghan. Durante todo su recorrido de estudios e investigación, siempre ha sido colaboradora, en todos los tramos de su vida. En ella resaltan las cualidades de afabilidad y proximidad. Tienen cuatro hijos.

Es hijo de Nieves Villasante Domínguez y de José Losada Muñoz, abogado y enormemente luchador, trabajó por que sus hijos, que eran nueve, recibieran la mejor formación posible en su entrañable Carmona y además colaboró intensamente en la mejora y economía de su ciudad.

En su vocación farmacéutica influyó su padre que tenía gran afición a los temas experimentales, falleció precozmente y lo que obligo a todos ellos a enfrentarse muy pronto a la realidad de la vida. También influyo su tío que era farmacéutico en Carmona. En el laboratorio de la botica comenzaron sus experimentos, investigaciones y análisis.

Manuel Losada es farmacéutico y Doctor en Farmacia por la Universidad Complutense de Madrid.

En 1952 en el viaje fin de carrera a Italia, acompañó a la promoción el Catedrático y miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas José María Albareda, al que le conserva un entrañable cariño y agradecimiento. Este magnífico maestro vio claramente que nuestro colega sería un extraordinario investigador y consiguió que iniciara así su camino.

Entre los años 1952 y 1957 trabajó con becas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid, Alemania (Universidad de Münster en Westfalia) y Dinamarca (laboratorio Carlsberg de Copenhague). A partir de ahí se convirtió en colaborador Científico e investigador del mencionado Consejo. Del 1958 al 1961 sus investigaciones las realizó en la Universidad de California, Berkeley, a trabajar con el Profesor Daniel Arnon. Entonces también mantienen gran y duradera rela-

ción con Don Severo Ochoa, del que años después, con motivo del fallecimiento escribe su biografía.

Losada instruye en Biología a nuestro actual Rey: Don Juan Carlos de Borbón cuando era un joven Príncipe.

Después fue Profesor Encargado de Fisiología Química de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad de Madrid, donde funda y dirige el Instituto de Biología Celular.

En 1967, vuelve a Sevilla, a la Universidad como Catedrático de Química Fisiológica (Bioquímica y Biología Molecular) de la Facultad de Biología. Donde funda y dirige el Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis del Centro de Investigaciones Científicas “Isla de la Cartuja”. Crea una avanzada y pujante escuela de investigación en biología y genética molecular y bioenergética, con centenares de investigadores. Además ha dirigido más de cincuenta tesis doctorales.

Ha publicado más de doscientos trabajos científicos, varios libros, participado en numerosos congresos, simposios y cursos y ha pronunciado numerosas conferencias.

Consejero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Miembro de la Real Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Real Academia Sevillana de Ciencias, de la Real Academia Sevillana de Medicina y Cirugía, de la Ecología de Europa.

Académico de Honor de la Real Academia Nacional de Farmacia y de la Iberoamericana de Farmacia.

Doctor Honoris Causa por las Universidades Pública de Navarra, Huelva, Córdoba y Zaragoza.

Miembro de Honor de la Sociedad Española de Fisiología Vegetal y de la Sociedad Española de Bioquímica y Biología Molecular.

Hijo Predilecto de Carmona y de Andalucía. Premio Nacional del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del Consejo de Farmacéuticos y de Investigación en Biología.

Medalla de Oro de la Universidad de Sevilla. Socio de Honor del Ateneo de Sevilla.

Ha recibido numerosos premios y distinciones. Entre ellos: Premio Maimonides, Premio Jaime I y el ya mencionado Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica en 1995.

Siempre le sugestionó la luz y ha sabido investigarla, comprobar su fuerza y su implicación en la fotosíntesis o en la fotofijación del nitrógeno, dice “que la mejor maestra es la naturaleza”.

Así pues eligió para su línea de investigación: la luz, su principal interés es la luz, sus efectos sobre la vida y el mundo vegetal; investiga: fotosíntesis, bioenergética, bioconversión de la energía solar, fotoproducción de hidrógeno y fotofijación de nitrógeno, bioelectroforesis del agua, biotecnología de las microalgas, citología y citogenética vegetal y así seguirá contando y no cesaría.

En otra de sus intervenciones dijo:

“El gran Milagro del Universo es que todo comenzó por la luz; todo lo que existe comenzó por no existir y todo, en el principio, fue luz, y en cierto modo, sigue siendo luz”.

Como he dicho al principio estoy feliz de poder escucharlo otra vez, hoy con nuestro Pregón a nuestra Patrona la Virgen Inmaculada. Esto de hoy es realmente una Gran Fiesta que ofrecemos a la Virgen,

Muchas gracias por vuestra atención.

Sevilla, 28 de noviembre de 2.010.

María Antonia Moreno Montoya

ÍNDICE

I. SALUTACIÓN.....	13
II. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL UNIVERSO Y DE LA VIDA HASTA LLEGAR AL HOMBRE Y A MARÍA	17
III. ENCARNACIÓN, NACIMIENTO, RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN DE JESUCRISTO. PENTECOSTÉS	39
IV. AMOR, VERDAD, BELLEZA Y ESPERANZA	57
V. CONCEPCIÓN, MATERNIDAD Y ASUNCIÓN DE MARÍA.....	65

I. SALUTACIÓN



lmo. Sr. D. Manuel Pérez Fernández, Presidente del Real e Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Sevilla,

Ilmo. Sr. D. Antonio Delgado, Presidente de la Fundación Avenzoar,

Sra. Pregonera D^a María Antonia Moreno Montoya,

Excmos. e Ilmos. Sres.,

Queridos compañeros y amigos.

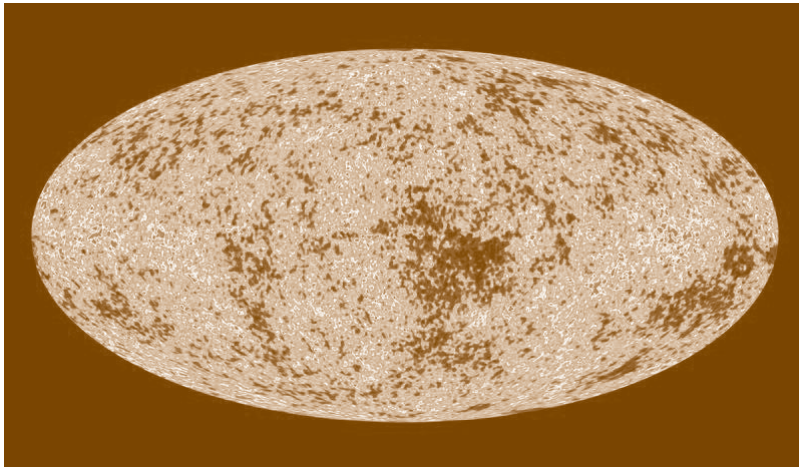
Hoy, Primer Domingo de *Adviento*, iniciamos el tiempo litúrgico en que nos preparamos para la *llegada del Señor*, nuestro *Salvador*. También un día como hoy, el 28 de noviembre del año 2000, hace justamente diez años, el entonces cardenal Joseph Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI, se preguntó en una memorable, documentada y enriquecedora conferencia que pronunció en Berlín cuáles son *Los fundamentos espirituales de la cultura europea de ayer, hoy y mañana*. De nuevo repitió su mensaje hace unas semanas en Santiago de Compostela y Barcelona. Hoy yo voy a hablaros de cuáles son los fundamentos y perspectivas de nuestra fe cristiana desde que Dios creó la luz, la vida y el hombre y fue concebida María, Madre de Jesús, hasta enfrentarnos con la eternidad. La meta de nuestras vidas es el encuentro con Dios por medio de Jesucristo y de María.

Discúlpenme las distinguidas autoridades y personalidades colegiales y académicas que nos presiden que, apremiado por las circunstancias, me vea obligado a abreviar los tratamientos que tan merecidamente ostentan. En atención al protocolo de un acto tan solemne y de tan familiar compañerismo debo ajustarme cortésmente a la limitación del tiempo de que dispongo para pronunciar el Pregón. Considero que en ocasión tan señalada todo el honor, todos los elogios y toda la gloria deben ser y van a ser para nuestra Patrona: la *Inmaculada Concepción (Regina sine Labe Originali Concepta)*, escogida desde el principio por el *Padre* para ser la *Madre* llena de gracia de su *Hijo* Jesucristo —el Ungido de Dios con su *Santo Espíritu*— y de todos nosotros. ¡Misterio de los misterios y milagro de los milagros! Confío que cuando este Pregón —que aspira a ser un canto vibrante lleno de admiración y veneración al Creador del Universo y del hombre, a la Virgen María y al Mesías, así como a la vida, al amor, a la verdad, la esperanza y la belleza— sea publicado en toda su extensión con las ilustraciones de rigor, el primor exquisito y la esmerada

presentación que distinguen a la Fundación Avenzoar puedan los farmacéuticos de nuestro Colegio y todos cuantos de un modo u otro tengan acceso a él leerlo pausadamente y disfrutarlo con provecho pedagógico y moral.

En primer lugar quiero felicitar en su onomástica a nuestra flamante Madre María de la Purísima, la Hermana de la Cruz recién beatificada en nuestra ciudad, y a las Concepciones, Inmaculadas y Conchas que hoy nos acompañan y enriquecen con su presencia, así como a los colegiados que por enfermedad u otra clase de impedimento o servidumbre no han podido asistir a esta celebración, y también a los que ya no están con nosotros, si bien esperamos y deseamos estén con nuestra Patrona en el *Cielo*. Pero ¿existe el Cielo? Según una de las diversas acepciones que admite el Diccionario de la Lengua Española y muchos creemos que puede ser verdad, el Cielo es “morada en que los ángeles, los santos y los bienaventurados gozan de la presencia de Dios”. Animado por la sin par alegría que es propia de una festividad sin mancha que la empañe, me voy a dirigir acto seguido a todos vosotros con el entrañable y reverencial saludo *Ave María Purísima: sin Pecado Concebida*, que hasta no hace mucho era piadosa cortesía habitual en España y particularmente en “Andalucía, tierra de María Santísima”, y en “Sevilla, ciudad mariana”, como ostenta la leyenda de su escudo. Los hombres somos hombres, no ángeles; fiables, pero falibles; hombres muy débiles e incompletos, pero con el ejemplo y ayuda de nuestra Madre podemos superar los altibajos de la vida y ascender por los caminos de perfección que Ella —Madre del Creador (*Mater Creatoris*), Madre del Salvador (*Mater Salvatoris*) y Sede de la Sabiduría (*Sedes Sapientiae*)— bien conoce y nos señala.

La Iglesia nos enseña también que todos los hombres ¡todos sin excepción, no lo olvidemos! hemos sido creados a imagen y semejanza del Creador para buscar la Verdad y conocerle, para amar y hacer el bien; que formamos una *gran familia* y tenemos un mismo Padre y una misma Madre. En los avatares de la vida no debemos darnos nunca por vencidos, ni menos desesperar, pero cuando nos parezca que por razones de salud, familiares, profesionales, económicas... no podemos más y la impotencia nos vence, pidámosle a Santa María, llena de Gracia (*Gratia Plena*), Salud de los enfermos (*Salus infirmorum*), Refugio de los pecadores (*Refugium peccatorum*), Consuelo de los afligidos (*Consolatrix afflictorum*), nuevos ánimos para perseverar hasta el fin con fe y esperanza en nuestra tarea de hombres de buena voluntad. Y ahora y siempre, especialmente en la hora de la muerte, suplicarle con devoción y humildad que ruegue a Dios por nosotros pecadores. Sólo los hombres, entre todas las criaturas del mundo vivo, somos aparentemente conscientes de la dolorosa experiencia que supone la certeza de la muerte y la posible entrada en la eternidad.



Creación del Universo (Big Bang). Radiación cósmica de microondas de fondo.

En el momento de la muerte —el trance individual más decisivo y trascendente de la vida después de la concepción— los cristianos confiamos más y necesitamos más a nuestro lado a la Madre amorosa, al Padre bueno y misericordioso y al Cristo de la Buena Muerte que al Dios sabio y todopoderoso. Tanto las alegrías como los sufrimientos de este mundo acaban radicalmente al morir, cuando decimos adiós a todos y a todo. Y cuando el abismo se abre ante nosotros y cerramos por última vez los ojos ¿qué luz contemplaremos al encontrarnos en el otro? El erudito poeta Dámaso Alonso —eminente conocedor y crítico de Góngora, miembro de la generación del 27 y autor de *Hijos de la Ira*— terminó su poema *A la Virgen María* con unos deliciosos versos llenos de fe, ternura y esperanza que todos quisiéramos hacer nuestros y rezar en la última invocación a nuestra Madre:

*Virgen María, Madre,
dormir quiero en tus brazos hasta que en Dios despierte.*

Tras esta breve introducción comenzaré mi disertación expresando mis respetos y más sincero agradecimiento a mi querido y bienintencionado amigo Manolo Pérez, a pesar del susto que me dio el año pasado por estas fechas al distinguirme de sopetón y por las bravas, sin advertencia previa, con el preciado honor y excepcional privilegio de pregonero, así como a su predecesor en el cargo, Antonio González, y a su vicepresidente, mi paisano Manuel Ojeda, ambos igualmente buenos amigos y hombres de acción y de bien. También quiero agradecer a mi presentadora, María Antonia Moreno, sus cariñosas y elogiosas palabras. Mujer admirable en todos los sentidos, no solo como esposa, madre y abuela, sino como profesional en su farmacia. No es nada frecuente, y hay que apreciarlo en lo que

significa, ser licenciada en Farmacia y en Física. Marián es además envidiable en su dedicación a las actividades en pro de la Fundación Avenzoar, que goza ya de tanto renombre entre los farmacéuticos de Sevilla y de España y dirige con ejemplar entrega y eficacia nuestro compañero Antonio Delgado, muy digno sucesor de Avelino Romero y de Leo Gaviño. Los maridos que tenemos la suerte de haber unido nuestras vidas a mujeres de excepcional valía —como las que ahora resaltan en esta breve introducción— sabemos bien valorar sus méritos. ¡Qué madres y qué esposas las mujeres españolas!

II. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL UNIVERSO Y DE LA VIDA HASTA LLEGAR AL HOMBRE Y A MARÍA



El famoso escritor jesuita aragonés del siglo XVII Baltasar Gracián, autor de *El Criticón* y por quien sentía gran admiración el filósofo alemán Schopenhauer, dijo: «Más vale quintaesencias que farragos». Efectivamente, quien sabe de verdad puede resumir sus ideas en pocas palabras; pero no puede quien no sabe. Lleno de admiración, gratitud y cariño, voy a dedicar *in extenso* mi rumiado Pregón a la *Inmaculada Virgen María*, y lo voy a hacer con el mejor empeño y la mayor franqueza, con todo mi corazón y toda mi mente, con descarnado realismo terrenal entreverado de esperanzador idealismo celestial. Estoy convencido que es imposible que me exceda en alabanzas por mucho que lo intente, pues la Iglesia y el pueblo mariano han proclamado universalmente que María se merece en grado sumo todas las invocaciones que nos salen del alma y le rezamos en el Ángelus, el Rosario y las Letanías. La intelectual carmelita judía alemana Edith Stein, Santa Benedicta de la Cruz —Patrona de Europa, como Santa Brígida de Suecia y Santa Catalina de Siena— nos ha recordado en nuestro tiempo que «en la Sagrada Escritura encontrarás pocas palabras de la Virgen, pero que son como granos de oro puro que irradian el esplendor luminoso de las virtudes de María». De hecho, María toma la palabra en los Evangelios solo siete veces. La *Gloria de María*, la más sublime y exclusivamente suya, su divina *Gracia y Belleza*, es sin duda ser la *Madre de Dios*, a la que puedo tratar de tú con adoración y confianza filial porque es también mi Madre. Con la *Encarnación* del Hijo de Dios en María entra la *Creación* en una etapa crucial del plan divino.

Jesucristo, el Hijo de Dios, el Verbo, la Palabra, se hace hombre en el seno de María por obra y gracia del Espíritu Santo en un momento culminante de la historia. «A Dios nadie lo ha visto jamás. Su Hijo unigénito, que está desde el principio en el seno del Padre, lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). Enviado por el Padre por amor a los hombres manifiesta la *Gloria de Dios lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14). Cristo, el “Ungido”, el *Rey del Universo*, nos ha revelado el rostro de Dios, que es Amor. Compadecido del género humano viene a este mundo a vivir con nosotros y como nosotros, a sufrir y morir por nosotros, por todos los hombres. Cristo, que recibió del Padre «todo poder en el Cielo y en la Tierra» (Mt 28,18) viene a demostrarnos con su *Resurrección* el triunfo definitivo de la Vida sobre la muerte y que el Amor es más fuerte que la muerte; a enseñarnos el camino de la eternidad, que es la verdadera meta de nuestra vida, la felicidad infinita que no tiene fin; a que aprendamos a poner valientemente nuestra mirada y nuestra alegría más en el Cielo que en la Tierra. Pero ¿qué es y en qué consiste la vida eterna? En el sermón de la Última Cena dijo el Señor a sus discípulos: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero,

y a quien tu enviaste, Jesucristo» (Jn 17,3). ¡Otro gran misterio de los misterios y milagro de los milagros!

Hay que haber vivido mucho para saber lo corta y frágil que es esta vida terrenal y que el paso del tiempo es inexorable. Puesto que aquí todo es temporal y pasajero, todo es inseguro, efímero y perecedero, y aquí lo dejamos todo, deberíamos pensar, soñar y esperar en *Dios* y en la *vida eterna* mucho más de lo que lo hacemos, si como cristianos creemos con don Miguel de Mañara que Dios y la eternidad son verdadera realidad y no pura utopía. Sin embargo, para la mayoría de los mortales Dios parece estar muy lejos y encubierto, muy distante e inaccesible, y lo de vida eterna nos suena a música celestial y casi lo ignoramos y rehuimos; vivimos más bien sin Dios; alegre, superficial e inconscientemente de acuerdo con el desafío chulesco de don Juan Tenorio “cuán largo me lo fiáis” y con el dicho, tangible que no célico, “más vale pájaro en mano que ciento volando”.

¿Existe de verdad ese Dios lejano, invisible, omnipotente, sabio y eterno que su Hijo nos reveló es nuestro Padre? Y en cuanto a la otra vida ¿es real o puro ensueño o invención? Hay muchas cosas importantes ¡algunas muy importantes! que todavía no sabemos. En concreto ¿qué sabemos, qué ignoramos y qué creemos sobre la *vida* y la *muerte*? Está fuera de toda duda que solo se vive una vez y que la vida es un breve viaje sin retorno cuya estación terminal es la muerte; que la única solución para los innumerables e insolubles problemas de la vida individual, a medida que esta avanza, se debilita, apaga y extingue, es la muerte. Es también inapelablemente cierto que la muerte en sí, tan absolutamente segura y tan llena de incógnitas relevantes y enigmas inquietantes, es una realidad igual y única para todos los humanos, cuya nadería, finitud o infinitud no podemos conocer, sino sólo imaginar, antes de morir. Después de la muerte o todo se acaba en este mundo y no sabremos nunca nada —da igual si en la fúnebre oscuridad de la tumba o en el horno radiante del crematorio— o —si hay trasbordo y empieza entonces una nueva vida gloriosa en el Cielo— lo sabremos todo para siempre.

En la *hora de nuestra muerte*, la Virgen María, Madre de Gracia y Madre de Misericordia, es para los cristianos el dulce consuelo maternal y la última gran *Esperanza* (*Spes nostra*), y así lo rezamos en el Rosario. Aunque dudemos, los cristianos creemos también de buena fe que, en la noche del Sábado Santo, Jesucristo, el Hijo de Dios y de María, pasó en el sepulcro de la soledad y la *oscuridad* más absolutas a la bellísima *luz* resplandeciente de la Resurrección. El Señor resucitado por Dios Padre nos dio la alegría de la vida verdadera y perdurable. Fue la victoria definitiva y triunfal de la vida sobre la muerte, del amor sobre el rencor, de la verdad sobre la mentira, de la felicidad sobre el sufrimiento. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

El hombre es el único ser vivo capaz de pensar, de sentir y de amar; de decidir con relativa libertad, en medio de innumerables dudas, su propia vida. La vida, y más concretamente la vida del hombre y de la sociedad humana en su conjunto, es el milagro más grande y fabuloso de nuestro mundo, del que poco a poco vamos conociendo muchos de sus misterios y secretos, desde sus más íntimos niveles particulares, atómicos, moleculares y celulares hasta los personales y sociales más universales. ¡Macromoléculas (proteínas y ácidos nucleicos), orgánulos, células y organismos que se reproducen a sí mismos! Los descubrimientos científicos han sido, en general, más que casuales, buscados y rebuscados por la insaciable curiosidad y férrea voluntad de hombres capaces y entusiastas. Recordemos las teorías sobre la naturaleza de la luz y el origen del Universo, sobre la estructura continua o discontinua de la materia, sobre la generación espontánea... En la vida ha culminado de manera portentosa la complejidad natural de composición, estructura y función con una precisión tan fina, una adaptabilidad tan vasta y una perfección tan consumada que sobrepasa todas las maravillas de la moderna tecnología. Basta comparar el águila con el “Concorde”, el tiburón con el “Titanic”, o el hombre con cualquier robot, así como sus capacidades de gestación. ¿Podrá alguna vez el hombre —partiendo de la *luz* y de un enjambre de partículas elementales nacidas de ella, de los seis bioelementos primordiales (hidrógeno, carbono, nitrógeno, oxígeno, fósforo y azufre), algunos iones salinos (cloro, sodio, potasio, calcio, magnesio...) y metales traza (hierro, cobalto, manganeso, molibdeno...)— realizar el prodigio de fabricar un ser humano? Un proceso creador y evolutivo, aparentemente simplicísimo, pero inverosímil y complejísimo, que sabemos ha ocurrido y ha requerido la friolera de



Pecado original y expulsión del Paraíso. Miguel Ángel. 1508-1510. Capilla Sixtina, Roma

miles de millones de años. Pero ¿qué sabemos realmente del misterio del *Homo sapiens sapiens*, de su origen y de su destino?

Desde un punto de vista mecanicista, la vida —alimentada y mantenida providencialmente en último término por la luz solar y el agua— es un equilibrio dinámico abierto e inestable de infinidad de reacciones fisicoquímicas perfectamente reguladas y controladas que se acoplan y concatenan en perfecto orden y armonía. Hasta tal punto es característico de la vida este milagroso y delicadísimo equilibrio de reacciones biofísicas y bioquímicas que la definen, que su alteración o desajuste es causa de malestar y enfermedad, y su interrupción la más segura evidencia de la muerte. Por otro lado, si los sentimientos se trastornan y desordenan, víctimas de neurosis y angustias, del estrés o de otras muy diversas causas, sobreviene la tristeza y el pesimismo, la depresión y la desesperación.

Los trastornos del equilibrio biofísicoquímico, fisiológico y psíquico de la vida afectan pues no solo a la salud del *cuero*, pura materia mortal organizada, sino a la de la *mente* y el *corazón*, mucho más sutiles e intangibles, con los que está íntimamente entreverado. El Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española define a la mente como “potencia intelectual del alma”, y a ésta como “sustancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo humano y constituye con él la esencia del hombre”. Uno de los atributos más admirables del *alma* es su sed insaciable de amor, verdad, belleza y felicidad. De una persona bondadosa y sencilla se dice que es un “alma de Dios”, y “confía su alma a Dios” el que se siente próximo a morir y pone en Él su esperanza. Los años arrugan y manchan la piel, pero deben tensar y purificar el alma; a medida que se acerca la muerte debemos alejarnos de las cosas de este mundo y mirar más a Dios.

El cristianismo es la culminación del judaísmo en la búsqueda y encuentro de Dios, *Creador del Universo* y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. El mismo Dios de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David... nos revela su infinito *Amor* eligiendo como Madre de su único Hijo a María, en hebreo *Mirjam*, Señora: una sencilla joven judía llena de gracia y purísima (*Mater Purissima*), recién desposada con José, el carpintero de Nazaret, ambos de la casa de David. Para los cristianos, Jesucristo es sobre todo la revelación de Dios y de su *Misericordia*. Muchos cristianos creen también que la Concepción de María, hija de Joaquín y Ana, probablemente en Jerusalén, tal vez en Nazaret, punto de arranque de nuestro Pregón, fue el prelude del acontecimiento más relevante y decisivo en la historia de la humanidad desde los tiempos de Adán y Eva. María, una vez que el Ángel Gabriel la sacara de su lógica duda, fue la primera creyente incondicional, y no sólo careció de pecado desde el principio, sino que fue bendecida con toda clase de gracias y bienes espirituales, y por el amor es santa e irreprochable ante Dios y ante los hombres. Y si el Ángel le resolvió *de facto* la inconcebible cuestión de que iba a concebir sin obra de varón al Hijo de Dios, milagro

que vivió en su seno ¿por qué Ella, que es nuestra Madre, no nos va a escuchar y resolver a nosotros pecadores incrédulos nuestras complejas y justificadas preguntas si se lo pedimos con la humildad y confianza de fieles hijos suyos?

Aunque pueda cuestionarse legítimamente la veracidad de hechos tan increíbles, debe ser motivo de honda reflexión, preocupación y responsabilidad para todos los hombres, abortistas y no abortistas, considerar seriamente que en el momento de la Concepción de María, y unos años después de la de su Hijo Jesucristo, pudo haberse decidido por voluntad de Dios Padre nada menos que la *Salvación* de la humanidad. Desde el mismísimo origen de la vida y del género humano, siempre ha jugado y juega un papel sumamente importante todo lo relacionado con la reproducción, procreación sana y buena formación y educación en sus más diversos aspectos, incluidas indiscutiblemente la fertilidad y sexualidad bien ordenadas y orientadas, así como la planificación familiar. ¡Qué instante supremo el de la concepción de un nuevo ser, y qué trascendencia la de su posterior diferenciación y desarrollo! ¿Cómo llega la célula humana resultante de la fecundación a ser criatura y realizarse como persona? La Biblia nos dice que Dios creó al hombre a imagen suya, y los creó hombre y mujer. Los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos (Gen 1,27-28). La sexualidad es sagrada y no se puede banalizar.

La Virgen María (*Santa Virgo Virgine*), Madre del Hijo unigénito de Dios (*Mater Dei*) por obra y gracia del Espíritu Santo, y Madre nuestra (*Mater Nostra*) desde que concibió a su Hijo y éste nos la confió desde la Cruz, ama a los hombres (*Mater Amabilis*) más que pueda amarlos jamás criatura alguna porque desde su Inmaculada Concepción estuvo siempre *llena de gracia, radiante de belleza y libre de pecado (Tota Pulchra es Maria)*. La gracia, ese don divino con que fue agraciada y embellecida María, y el amor, si es puro y limpio como el suyo, superan y vencen todas las dificultades y obstáculos, y repelen y excluyen el engaño, la maldad, tristeza y fealdad del pecado. El verdadero amor es mucho más que ser bueno: es el más alto y excelso ideal, la más noble y desinteresada entrega, la máxima belleza espiritual, y acabará uniendo en *paz, justicia, solidaridad y concordia* a toda la humanidad, por encima de sus diferencias, celos y enfrentamientos estériles y esterilizadores, que lamentablemente solo producen reacciones viscerales y crispaciones. El amor supera a la justicia. La medida del amor es un amor desprendido y sin medida, que lo perdona todo y lo da todo sin esperar nada a cambio.

Los hombres, todos los hombres, formamos una unidad familiar y heterogénea pero real. El “yo” y el “nosotros” solo se abren y realizan en el “tú” y el “vosotros”. Las Naciones Unidas —organización mundial fundada en 1945, que cuenta con casi doscientos estados miembros— tienen entre sus objetivos unirnos a todos y velar por el respeto y cumplimiento de los *derechos humanos*. ¡Quieran Dios y María que los hombres, los seres mimados de la Creación, se vayan dignificando y despojando de sus miserias e iniquidades a medida que progresan cultural, económica y socialmente hasta conseguir en los siglos venideros que triunfe entre



Virgen de la Antigua. Alejo Fernández. 1520. Retablo de la Capilla de Santa María de Jesús, Sevilla

ellos el amor y la verdad! Ciertamente estos deben ser nuestros mejores deseos: Que la gracia y el amor —la gloria con que María y su Hijo Jesucristo iluminaron hace veinte siglos e iluminan hoy el mundo llenándolo de esperanza— no sean infundadas e irreales y se queden en “verdades” utópicas, efímeras y trasnochadas, sino que por el contrario constituyan la propia esencia impulsora de la formación equilibrada y del buen comportamiento de la gran familia humana del futuro, que en crecimiento exponencial desde su inicio supera ya la cifra de cinco mil millones de personas.

Nuestra sociedad es en cierto modo técnicamente muy avanzada, pero al mismo tiempo víctima de su masificación y progresivo empobrecimiento espiritual y de un vertiginoso y despiadado materialismo egoísta, así como de violencias brutales e inhumanas. No podemos contentarnos con una vida mediocre y una

moral turbia y ruin. A las masas hay que educarlas, no degradarlas. Amor, verdad, belleza y esperanza —más que riqueza, engaño, desenfreno, desvarío y caos— son los derechos inalienables que ahora necesita la humanidad, por desgracia cada vez más deshumanizada. El amor es la riqueza más grande y más importante de este mundo. San Agustín —el buscador inquieto, constante e insobornable de la Verdad— aseveró con su gran experiencia cristiana: «Con amor al prójimo, el pobre es rico; sin amor al prójimo, el rico es pobre».

La Madre del Redentor (*Mater Redemptoris*), después de padecer en silencio una vida de inmenso dolor en la Tierra al ver sufrir y morir horrible y despiadadamente crucificado a su Hijo (*Stabat Mater Dolorosa*), tuvo la alegría inenarrable de ser testigo de su Resurrección y Ascensión al Cielo y de recibir con los apóstoles en el Cenáculo la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. También Ella fue elevada al Cielo (*Regina Coeli*) como cuerpo glorioso en la Asunción (*Regina in Coelum Assumpta*) y con la Santa Trinidad nos espera en la Gloria para que como seres bienaventurados gocemos eternamente de su visión misericordiosa (*Mater Misericordiae*). Para los cristianos, la muerte no es el ocaso desesperanzado de la vida, el triunfo absurdo y sin sentido de la nada y la confusión, sino el renacer glorioso de la resurrección a la vida eterna de la mano de María, Madre de nuestro consuelo (*Mater Consolationis*). En el Calvario, Jesús nos la confió como Madre y nos encomendó a Ella como hijos. La principal razón de nuestra esperanza radica en que Jesucristo, Hijo de Dios y de María, resucitó al tercer día después de su muerte. La alegría de los cristianos es creer con abnegación y confianza que la verdadera meta de nuestra vida es la vida eterna.

Esta es, en esencia, la doctrina mariana que desde hace unos dos mil años y para bien perdurable de la humanidad proclama universalmente la Iglesia, de la que María es Madre (*Mater Ecclesiae*), con severo realismo, idealismo consciente, autoridad responsable y esperanza sin fin. La Iglesia nace providencial y vigorosamente entonces guiada por el Espíritu Santo y encabezada por Pedro, primer Vicario de Cristo, como grey bienhechora defensora del amor, la verdad y la vida eterna. A pesar de sus limitaciones, divisiones, equivocaciones y pecados, la Iglesia no es una institución arcaica, retrógrada ni ignorante, ni inmóvilmente anclada, sino avanzada, joven y pujante, muy bien documentada y culta, y continuamente renovada gracias a María y su Hijo, a los Santos, a los fieles, sacerdotes y religiosos (*Ecclesia discens*), y a las enseñanzas de los Padres y Doctores, los concilios y los Papas (*Ecclesia docens*). Los más recientes Sucesores de Pedro —los Venerables Pío XII y Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI— han destacado por su devoción mariana y gran categoría moral, humanística, intelectual y teológica. El Cardenal Newman, prelado británico anglicano convertido al catolicismo, fue beatificado el pasado septiembre por Benedicto XVI y es muy posible que añada su nombre a la lista de los treinta y tres Doctores de la Iglesia. Devoto filial de la Madre de Dios, el Oratorio que fundó cuando fue a vivir a Birmingham está dedicado a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. En su *Ensayo del desarrollo de la doctrina*

cristiana (1845), el cardenal Newman afirmó que «la Iglesia católica es la única heredera verdadera de la Iglesia primitiva». Ciertamente es un doloroso motivo de escándalo para todos la falta de caridad y unidad que existe entre los cristianos y entre los hombres, que deberíamos corregir y resolver con buena voluntad cuanto antes.

Las primeras enseñanzas que recibí de niño fueron la formación cristiana y la buena educación que me transmitió mi madre, alma y ama de mi casa, sobre todo con su cariño y ejemplo, desde que me presentó recién nacido a la Virgen de Gracia (*Mater Divinae Gratiae*) en la Parroquia de Santa María de la Asunción de Carmona, la ciudad tartesia y fenicia del dios Sol, romana del culto político y gran estrategia Julio Cesar, y cristiana de los santos Teodomiro y Juan Grande. San Teodomiro fue mártir en Córdoba en la época de los Omeyas, y San Juan Grande es un santo muy actual, recién canonizado, que perteneció a la Orden de los Hermanos Hospitalarios, fundada en Granada por San Juan de Dios en tiempos del emperador Carlos V. Mi padre, ejemplar como mi madre en todos los aspectos y muy humano y cerebral, me fue enseñando poco a poco qué es el mundo y qué es la vida, y se preocupó de que aprendiera a trabajar con las manos, a cultivar la inteligencia y a formarme a conciencia para ser un hombre hecho y derecho; para vivir el día a día intensamente, pero sin dejar de pensar en lo trascendente y lo perenne. Desde mi adolescencia y juventud fui creciendo al amparo de *Nuestra Señora* con confianza digna y bien cimentada en firmes pilares, siempre fortalecido por las enseñanzas fiables del Evangelio y de los Hechos y Epístolas de los apóstoles. Mi formación integral, basada en la *razón* y el *corazón*, y mi indomable espíritu investigador —forjado a la sombra de excepcionales maestros de vanguardia en ciencias y letras y con el empuje invaluable de seleccionados y entusiastas colaboradores— me permitieron navegar sin zozobrar en el embravecido mar de dificultades y dudas en que se desenvolvió mi vida; a buscar con pasión y devoción la luz de la verdad —la verdad irrefutable de los hechos— y a practicar el bien con generosidad y desprendimiento.

La verdad impresionante, desnuda e incuestionable está científicamente grabada a machamartillo desde el principio de la *historia del Universo en las leyes físicas de la naturaleza*, y el reconocimiento de esta maravillosa realidad inamovible supuso para mí el descubrimiento personal y obviamente elemental del *Dios Creador*, sabio y todopoderoso. Por otro lado, la benefactora y humanitaria *ley moral natural* —decir la verdad y no mentir, hacer el bien y evitar el mal, inscrita en lo más profundo de nuestro ser para ser cumplida con fidelidad y rectitud— representó para mí el descubrimiento, también elemental, del *Dios Padre*, justo y misericordioso.

La Historia y la Ciencia han demostrado que al acto original de la Creación de *¡hágase la luz!* o *big bang* siguió a lo largo de miles de millones de años la evolución fisicoquímica, bioquímica y biológica, programada de acuerdo con las

leyes impuestas con extrema sabiduría y precisión y de manera irrefutable por las *constantes físicas universales*, cuyo broche de oro han sido las criaturas, la mente y el corazón del hombre. Nadie ni nada más que un Poder omnipotente y un Saber omnisciente, la suma Verdad, a Quien muchos llamamos Dios, ha podido crear el Universo, nuestro planeta Tierra y la *inteligente mente humana*. Y nadie más que un Amor infinito, la Suprema Bondad, ha podido poner su nido en el *corazón alegre y sufriente de la humanidad*. Pero ¡cuánto nos cuesta, entre tanto gozo y dolor inexplicables, conocer a Dios, amarle y adorarle! Hay que darle gracias de que al principio, en el origen de la Creación del Universo, no hubiera *nadie* capaz de hacer abortar “el huevo primigenio” ni de interrumpir voluntariamente su posterior evolución. ¡No existirían el Cielo, la Tierra ni la Humanidad!

Dios nos ha dotado de inteligencia, libertad y conciencia: libres de conocernos y amarnos, de ignorarnos e incluso odiarnos. ¿Por qué nos amenaza, hasta dominarnos y anularnos, el sentimiento trágico y amargo de la soberbia, la envidia, la maldad y la mentira? El genial físico judío-alemán, finalmente nacionalizado norteamericano, Einstein opinaba después de la terrible explosión de las bombas atómicas que «la ciencia sin religión es coja, y que la religión sin ciencia es ciega».



El nacimiento de la Virgen. Juan de Borgoña. 1509-11. Sala Capitular, Catedral de Toledo

Tras el horripilante desmoronamiento de las torres gemelas, sus palabras sobre el peligro ¡ciertamente temible! de la ciencia sin conciencia adquieren un valor profético inimaginable antes de este apocalíptico suceso: «Cada vez más valoro la caridad y el amor al prójimo por encima de ninguna otra cosa. Todo nuestro loable progreso tecnológico —nuestra propia civilización— es como un hacha». Los hombres y especialmente los científicos no debemos olvidar nunca que la inteligencia y la ciencia con conciencia son admirables, pero sin conciencia son temibles y terribles.

Como en las parábolas del hijo pródigo, y del fariseo y el publicano y para humillación de los soberbios, el amor, la penitencia y el perdón superan al egoísmo, la malicia, el relajo y la vanidad. De una humilde y honrada zapaterita sevillana, muy devota de la Virgen de la Salud, Madre Angelita para los más cercanos y Santa Ángela de la Cruz para el ancho mundo, que empuñó con entereza y total dedicación el estandarte de la cruz, aprendí una de las lecciones de humanidad que más me han ayudado como profesor a actuar en la vida: «Qué distinto es enseñar con los libros y la teoría a enseñar con la práctica». Efectivamente, “obras son amores y no buenas razones” (cf. 1 Jn 3,18). Santa Ángela siempre antepuso con su ejemplo y entrega el corazón y sus razones a la mente fría y calculadora. Pero ¿merece la pena ser bueno, honrado y trabajador; ser caritativo con todos; sacrificarse por el prójimo y considerar al prójimo como “otro yo”; sufrir con los enfermos, desvalidos y necesitados; vivir para los demás? Santa Ángela nos enseñó con sencillez ejemplar que el camino de la cruz, del sufrimiento y de la tribulación es paradójicamente el camino del amor y de la salvación; que el altruismo vence al egoísmo, y el amor al prójimo al amor propio. El corazón, que no piensa pero siente, gana la batalla a la mente en los terrenos donde ésta no puede llegar con su enorme poder de raciocinio y sus ambiciones y potentes resortes económicos. El inspirado y culto poeta santanderino de la generación del 27 Gerardo Diego, joven contemporáneo de Santa Ángela y hombre profundamente religioso, expresó hermosamente estas ideas en el siguiente verso:

*Para llegar a Dios no hay más camino
que el del amor que vence y perdura.*

La ciencia está oculta misteriosamente en la naturaleza y se patentiza en los increíbles hechos y fenómenos naturales, que hay que observar, estudiar e investigar con los sentidos y la *inteligencia*. La moral es innata y hay que educarla y practicarla discretamente con la *conciencia* y el corazón. La verdad nos libera del error y de la ignorancia; y el amor, de la vileza del mal y del pecado y nos mueve a hacer el bien. Hay que procurar vivir con mesura, orden y alegría; no taparse la vista con las anteojeras de los prejuicios, sino estar ojo avizor y mirar bien a todos lados, orientándose por brújulas fiables; aprender bien y con realismo todas las lecciones,

sin excesiva idealización ni relativización; poner los puntos sobre las íes y las cartas boca arriba; enfrentarse con libertad y fundamento a la enigmática realidad del pasado, del presente, del futuro y del hombre.

Después de estas razonables y bienintencionadas consideraciones trato muchas veces de comprender con objetividad, benevolencia y pesadumbre que si *todo* ha sido cómo ha sido, tan grandioso, sorprendente y “natural”, tan lleno de sobresaltos y claroscuros, si hemos tenido tan buenos maestros de historia, de ciencia y de moral ¿por qué los hombres nos ofuscamos ensoberbecidos, mareamos tanto a ciegas la perdiz, y oponemos tantas dificultades y resistencia a aceptar con nobleza y reconocimiento los hechos “naturales” tal como son, con sus enigmas y agridulces, sin deformarlos y con las debidas reservas, si además muchos creemos que también pueden haber sido excepcionalmente “sobrenaturales” y revelados? Creo que en gran parte es porque, en el fondo, todos desconfiamos de lo que tan confusamente se nos dice ha ocurrido, de cuanto nos rodea y de nosotros mismos: de nuestro presente y de nuestro futuro. Me sorprende la frivolidad e irresponsabilidad con que gran número de científicos y no científicos, cercanos y lejanos, “pasamos” de estas y otras cuestiones fundamentales tan evidentes como inexcusables, y aún más, que los “entendidos” que las estudiamos a fondo lleguemos a conclusiones tan pasmosamente contradictorias. ¿Quiénes tienen y se interesan en pregonar la verdad; quiénes viven y aman de verdad el bien y la vida; quiénes saben lo que es y significa la muerte? Los cristianos creemos con confianza no exenta de lógicas dubitaciones que la verdadera libertad y el auténtico camino del amor son los mandamientos de la ley de Dios, cuya práctica nos permite encontrar la felicidad ya en este mundo y esperar alcanzarla para siempre en la vida eterna.

San Juan de la Cruz, judeoconverso, Doctor de la Iglesia y uno de los mayores poetas líricos de cualquier época o país en frase del gran hispanófilo inglés Gerald Brenan, describió en su *Cántico espiritual* la hermosura de la Creación con una altura y finura intelectual y una musicalidad y transparencia de lenguaje difíciles de superar. Dios esparce amor por la Creación, y las criaturas son su rastro maravilloso: María más que ninguna. La contemplación de la Belleza y la Gracia de la imagen de la Virgen María recreaba, ponía amor e iluminaba el alma del santo más que ninguna otra. San Juan vio con claridad la luz divina en la celda oscura de Toledo donde sus hermanos carmelitas le tuvieron preso en pleno Siglo de Oro, y en ella escribió también sus incomparables *Romances*, que inicia con extraordinaria candidez y profundo conocimiento e ingenio relatando el misterio insondable del principio:

*Él moraba en el principio
y principio no tenía.
Él era el mismo principio;
por eso de él carecía.*



Santa Ana enseñando a leer a la Virgen. José Montes de Oca. 1726. Iglesia del Salvador, Sevilla

San Juan de la Cruz continúa sus romances con el misterio igualmente insondable del Verbo, Hijo único de Dios (*cf* Jn 1,1-18). En el principio, antes de todos los siglos, existía el Verbo, y el Verbo era Dios y vivía en el seno de Dios. El Verbo es eterno y no creado, consustancial al Padre:

*En el principio moraba
el Verbo y en Dios vivía,
en quien su felicidad
infinita poseía.*

En el romance octavo, cuando María da su consentimiento en el momento cumbre de la historia humana a la voluntad del Padre, la Creación y todos los hombres entran en el diseño divino. El Verbo —el *Logos*, la Palabra de Dios— se

engendra virginalmente en el seno de María por obra y gracia del Espíritu Santo y se hace hombre sin intervención alguna de varón. ¿Cómo podemos los hombres imaginar siquiera por mucho que nos esforcemos que el Verbo, que vive desde el principio eterno en el seno del Padre, dueño y Señor del Universo, venga en nuestro tiempo histórico al seno de María, la joven mujer elegida por Dios como joya purísima de valor insuperable que vive ignorada en un humilde hogar de Nazaret? Ciertamente — se crea o no en este milagro como hecho real — nuestra inteligencia no da para ello. El quid del insondable misterio sobrenatural de la Encarnación de Jesucristo — que narran con naturalidad los evangelios, enseña con firmeza la Iglesia, rememoran infinidad de artistas en sus composiciones y creemos con confianza los católicos — estriba en el reflexivo y comprometido *SÍ* de María al arcángel Gabriel:

*Y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.
Y el que tenía solo Padre,
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía,
que de las entrañas de ella
él su carne recibía;
por lo cual Hijo de Dios
y del hombre se decía.*

Jesucristo — el Hijo de Dios, la Palabra de Dios hecha carne — fue concebido en María por obra del Espíritu Santo. Verdadero Dios y verdadero hombre, poseyó en una única persona dos naturalezas perfectas: la divina y la humana. ¿Debemos en conciencia, como enseñaba San Juan de la Cruz en sus romances, no solo los cristianos sino todos los hombres de buena voluntad, dar juiciosa y confiadamente el *sí* al *SÍ* de María? Yo creo que *sí*, pues, a pesar de las ineludibles dudas, si la Encarnación fue realmente así — como proclama con convencimiento y responsabilidad la Iglesia desde sus orígenes — debemos ser consciente y animosamente fieles al testimonio evangélico.

La *teología* es una ciencia teórica y práctica. Su objetivo es buscar y conocer a Dios; su razón, seguir su camino y amarle. En definitiva, la teología es la ciencia de la verdad y el bien. ¡Qué magnífico profesor de teología debió ser San Juan de la Cruz! Antes que él, en el siglo XIII, San Alberto Magno de Colonia, llamado *Doctor universalis* y proclamado patrón de los científicos por el Papa Pío XII, había abierto la puerta a la filosofía de Aristóteles del siglo IV a.C. y de sus comentaristas judío y árabe Maimónides y Averroes, máximas figuras intelectuales de la Andalucía del siglo XII. Sería, sin embargo, su discípulo Santo Tomás de Aquino quien, junto a San Buenaventura, elaboraría después una filosofía y teología medieval cristiana más

acabada, iniciada en el siglo XI por San Anselmo de Canterbury, fundador de la teología escolástica. Si misterios tan incomprensibles, contundentes y trascendentes como al principio la Creación y en nuestro tiempo la Encarnación fueron de hecho ambos en su inicio así de sencillos y de complicados como el *hágase la luz* de Elohim y el *sí* de María —que nos narran el Antiguo y el Nuevo Testamento y nos razonan con sus reflexiones los grandes teólogos— debemos admirarlos con respeto, gratitud y perplejidad, y seguir profundizando en ellos y desvelándolos con la insuperable ayuda de la historia y de la ciencia.

Dios es *Principio* y es *Amor* y *Verdad*. Amar significa querer conocer, buscar la verdad con fe hasta encontrarla y conseguir una relación indisoluble entre amor y verdad. Los científicos sienten pasión por la verdad y aman por encima de todo la naturaleza y sus leyes, los hechos naturales y sus misterios, porque buscan con ansia la verdad, porque buscan incansable e insaciablemente a su Autor, al Principio de todo lo creado, lo Quequiera o Quienquiera que sea, a Dios. Para el hombre de ciencia, que no puede creer a ciegas al margen de la inteligencia, nada hay más importante que el conocimiento y la contemplación del Universo en todas sus manifestaciones desde su origen, que ver al Creador y gozar de su Gloria. Si existe un Principio creador y eterno y somos sus criaturas, tenemos que esforzarnos en conocerlo a fondo y confiar con esperanza que debe haber también un *Fin* —eterno más que terrenal— que dé sentido y contenido a nuestras vidas, a nuestros amores y pesares, a nuestras penas y alegrías, a nuestra emoción e ilusión de vivir y conocer. ¡Todo menos caer presos en las garras del error y del mal, en el vacío, la oscuridad, el pesimismo y la tristeza del caos y la *Nada!* Para San Juan de la Cruz, el alma es una hermosísima y acabada imagen de Dios, que llega más a Él creyendo y amando con el corazón que sabiendo y entendiendo con la mente. Los hombres debemos creer que hemos sido esencialmente creados para amar y para saber; para vivir en paz y gracia de Dios; para contemplar y disfrutar de la belleza y de la vida como Dios manda; para comportarnos fraternalmente unos con otros y ser creativos y productivos; para conocer a Dios tal cual es y esperar en Él la *Eternidad*, la felicidad infinita.

Ante el extraordinario esplendor del mundo exterior que nos rodea y del mundo interior que nos eleva; del saber, del sentir y actuar de nuestro ser más íntimo, de nuestra inmanencia, el astrónomo y filósofo alemán Kant proclamó ensimismado en el Siglo de las Luces: «Dos cosas llenan mi espíritu con un sentimiento siempre creciente y nuevo de admiración y temor, en tanto la más seria reflexión se concentra en ellos: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi conciencia». En nuestro tiempo, don Santiago Ramón y Cajal, hombre racional y consciente como pocos, debió darle muchas vueltas al problema del origen del Universo y del destino del hombre. Su admiración se desbordó al adentrarse con reverencia y profundidad en estos misterios: «Al sabio solamente le ha sido dado desentrañar la maravillosa obra de la Creación para rendir a lo absoluto el culto más grato y acepto, el de estudiar sus portentosas obras, para con ellas conocerle, admirarle y reverenciarle». Con gallardía

y emoción estética supo defender que «la ciencia es poesía de la verdad y de la incomparable belleza de la obra de Dios y de las leyes eternas por Él establecidas». Don Santiago hizo también notar con su nobleza y gracia baturra: «Quien no se preocupa de la constitución del Universo y de los problemas de la vida y de la muerte, no pasa de ser un cuadrúmano con pretensiones». Don Miguel de Unamuno resumió todo un tratado de teología en esta reflexión tan vasca y tan suya: «Para que yo Te vea has hecho el mundo que veo». Que yo Te vea, Te ame y Te siga debe ser la reconfortante oración de cada uno de nosotros a María cada mañana y el balance del bien cumplido al final de la jornada.

Dicen que decía Sócrates en los tiempos de la Grecia clásica, varios siglos antes de que fueran concebidos María y su Hijo, que las cosas importantes hay que repetir las muchas veces, y si son muy importantes con las mismas palabras a ser posible. Yo por mi parte añadiría de mi propia cosecha que es importante separar lo principal de lo secundario y que es muy importante distinguir entre *saber*, que es certeza, y *creer*, que es confianza y esperanza, hasta llegar incluso a ser ilimitadas. *Creer* procede del latín (*credere, cor dare*) y significa dar el corazón, y solo se puede entregar el corazón a quien bien nos quiere y de quien de verdad nos podemos fiar. *El corazón cree* con fe y ánimo lo que es bueno, razonable y fiable, y *la mente sabe* con conocimiento y convicción lo que sin género de dudas es verdad. En mis tiempos



La Anunciación. Beato Angélico. siglo XV. Museo del Prado, Madrid

de profesor en la Universidad solía decir a mis alumnos con la mayor franqueza a modo de ejemplo: «Yo creo que mis hijos son mis hijos, pero quien de verdad lo sabe es mi mujer». Se puede indudablemente decir que en la naturaleza y en nuestro entorno no hay milagros, pero también que todo es milagro. Los misterios cuando se aclaran dejan de ser misterios, pero siguen siendo milagros. Los milagros y los misterios para ser tales tienen que ser verdad antes que nada; si no son verdad, se quedan en mera elucubración y fantasía, faltos de realismo, y creer en ellos puede causar grave daño. No debemos nunca olvidar que la iniquidad de la mentira está en función de la naturaleza y alcance de la verdad que intenta suplantar y del daño que causa, sobre todo a los inocentes y a los que creen de buena fe. Perversa es también la mentira que se ejerce con grave injuria para el prójimo por el mero placer de engañar, de herir y hacer sufrir.

Quando se tratan cuestiones trascendentales es asimismo muy importante, yo diría que importantísimo, saber con certeza qué se sabe y qué no se sabe; qué se cree y con qué fundamento; qué es verdad y qué no lo es; qué es el Bien y qué es el Mal. Hay que actuar con la máxima apertura y al mismo tiempo con la máxima reserva. *La Verdad* está por encima de cualquier interpretación o creencia y, si de verdad es verdad y no un sucedáneo o una falacia, *nos hace libres*. Pero si lamentablemente no es verdad sino falsedad, nos engaña, perturba, esclaviza y tiraniza. Jesucristo no solo enfatizó el poder y la primacía de la verdad, sino que nos puso en guardia contra la inmoralidad de la *mentira* (Jn 8,31-59). Por tanto, para ser libres, lo primero que hay que saber es cuál es la verdad; y para seguir a Cristo, para ser cristianos, creer sólo en la Verdad y practicar el Bien con desprendimiento. Es decir, hay que conocer la realidad de las cosas, de la vida, de los hechos naturales y sobrenaturales, de cuanto ha acontecido y acontece en el Universo y, por encima de ello, guardar los mandamientos de la ley de Dios.

La fantasía, la imaginación y la ilusión juegan también un papel muy importante en la vida como “verdades” muy humanas, si bien “pseudo verdades” o “verdades bien o mal intencionadas y tramadas”. Por desgracia, hay gran diversidad de ideologías e intereses, algunos opuestos e incompatibles entre sí, si bien solo puede haber una *Verdad única*, que todos tenemos la obligación de buscar y que el conocimiento, la historia, la ciencia y la ética nos revelan que podemos encontrar con sangre, sudor y lágrimas. En el mundo de las creencias hay gran diferencia entre creer superficialmente cualquier cosa falible y creer firmemente con interés y extrema prudencia lo fiable basándose en muy poderosas razones de muy diverso género, tanto intelectual como moral. Es nuestro deber proclamar continua y universalmente, llenos de entusiasmo, reconocimiento y gratitud, nuestro amor por la verdad y por la magnificencia y trascendencia de la Creación, de la Gloria del Cielo y de la Tierra, y de todo lo que el hombre —criatura y culmen de tamaño grandeza— debe a Dios y a sí mismo: a su genio, a su sana ambición y capacidad de trabajo y a su buena voluntad. Dios ha hecho grande al hombre, y los hombres,

aunque con evidentes torpezas, interferencias, equivocaciones e incluso negaciones, están contribuyendo a hacer grande la obra de Dios.

Al discutir temas de tan profundo calado y tan amplios horizontes hay que evitar a toda costa, a pesar de que es muy difícil evitarlo, especular más de lo debido, extralimitarse en las discusiones, caer en la mitificación de lo que se ha idealizado con buena intención pero sin el necesario e indispensable fundamento histórico y científico, ridiculizar lo que es digno y trascendente. Hay que ser comprensivos y respetuosos con las ideas y creencias de los demás, excepto con las que vayan *contra natura*, y no soberbios ni egoístas con las propias. Abrir todas las puertas y no cerrar ninguna. No podemos presumir de suficiencia, pasarnos de rosca ni de listos, empecinarnos sin razonamientos convincentes en discusiones bizantinas, ni querer encorsetarlo y atornillar todo. Es decir, hay que ser hombres instruidos de temple y medida, y procurar no caer en trampa alguna en un mundo que está tan lleno de ellas, de confusionismos y de engaños; que luchar con valentía contra la exaltación de lo que no es verdad, de lo que no es bueno. Una de las más graves preocupaciones de los cristianos debe ser la de evitar seguir caminos falsos que nos aparten de la verdad y el bien. ¡Qué paradoja desconcertante y qué estremecimiento aterrador seguir el camino falso creyendo que es verdad; y viceversa, no seguir el camino verdadero por creer que es mentira!

Decía Cicerón que «propio del hombre es errar, pero sólo del torpe es propio permanecer en el error». Se puede y se debe creer, con más o menos confianza, tibieza o escepticismo, en lo que no se sabe todavía si es verdad, pero no en lo que ya se sabe con certeza que es falso. Darwin, miembro de la Royal Society —cuyo lema es *Nullius in verba*— y padre de la teoría de la evolución, nos advirtió con clarividencia y pesar: «False facts are highly injurious to science for they often endure long». Siempre hay que partir de la convicción de que solo hay una respuesta válida y definitiva a las creencias, cualesquiera que sean: la de los hechos verdaderos. Todas las creencias que se basan en “palabras y hechos falsos” han de ser pues automáticamente excluidas y desechadas haciendo de tripas corazón. Los hechos falsos deforman y desquician la realidad y pueden durar mucho tiempo. Sin embargo, la *verdad incuestionable de los hechos* que son tales debemos creerla y aceptarla con responsabilidad y valentía, aunque no podamos comprenderla plenamente por estar por encima de la razón. Durante mi estancia en Berkeley, mi maestro Daniel Israel Arnon, honorable hombre de ciencia y de bien, judío polaco nacionalizado americano a quien debo mucho de lo que he hecho y de lo que soy, me decía cuando tenía que enfrentarme a una audiencia de gran competencia científica para exponerle las novedades de nuestros revolucionarios hallazgos experimentales y su correcta interpretación teórica: “Mánuel, don’t be afraid and take the bull by the horns”.

En nuestro mundo abundan los cándidos, inocentes, bienintencionados y tímidos, pero también los osados, ambiciosos, malvados, iluminados y visionarios. Es obvio que lo que necesitamos en estos momentos cruciales de masificación y



La Visitación. Rafael Sanzio. 1516. Museo del Prado, Madrid

globalización son hombres buenos, sabios, capaces, bien formados e intencionados, de todas las razas, civilizaciones y culturas, defensores insobornables de la Verdad y el Bien. El mal y la mentira son incompatibles con el Bien, la Verdad y la Libertad. La obediencia a la Verdad, la obediencia a Dios, guardar sus mandamientos es la primera y única libertad de la humanidad. Tenemos que encontrar todos juntos el sacrosanto camino de la Verdad y el Bien, dispuestos por doloroso que pueda sernos a renunciar al mal y a nuestras propias creencias e ideologías si se demostrara que estamos equivocados y no son verdad. Estas consideraciones pueden ayudarnos a limar muchas asperezas, a superar en el futuro obstáculos aparentemente insalvables que hoy dividen y enfrentan a la humanidad, y a conseguir que triunfen universalmente la Verdad, el Bien y el diálogo entre los hombres.

Cumplir con estos propósitos —apoyándome en lo cierto, bueno y fiable, y evitando lo falible— es lo que trato de hacer con el corazón limpio, la mente bien asesorada, y buena voluntad en mi Pregón, centrado en la Gloria y Belleza de la Virgen María, Madre de Dios y nuestra gran Esperanza, que se inicia —tras el origen del Universo, de la vida y del hombre— con su Inmaculada Concepción en Jerusalén, consolida con el inefable misterio de la Anunciación en Nazaret, y

termina con su gloriosa Asunción a los Cielos en Éfeso. Muy buen conocedor de mis limitaciones y de la enorme dificultad y responsabilidad que el tema conlleva, espero y deseo que mi Madre, la Virgen de Gracia, a quien humildemente se lo dedico, me quite los escrúpulos y dudas que me asedian y afligen y me ayude a salir airoso del atolladero en que me encuentro, sin dañar, engañar ni escandalizar a nadie, sino todo lo contrario. Incondicionalmente fiel al principio de la verdad, enemigo declarado e implacable de la mentira —como San Agustín y el Papa San Gregorio Magno— y entusiasta discípulo del mandamiento cristiano del amor, me pongo confiada y conscientemente en sus manos.

Todo lo relacionado con María y su Hijo Jesucristo empezó en Israel en la época en que alcanzó su apogeo el imperio romano, cuando el emperador Cesar Augusto funda a orillas del Ebro la ciudad *Cesar Augusta*, la futura Zaragoza, y el cristianismo se extiende por todo el mundo gracias en gran parte a los españoles. En los orígenes del cristianismo, el apóstol Pablo, que tuvo entre sus propósitos evangelizadores venir a Hispania, afirmó con rotundidad en su epístola a los gálatas que «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4,4), que «actuando como un hombre cualquiera se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,7-8).

Según la tradición, que al menos se remonta a San Isidoro de Sevilla, en Zaragoza, entrañable ciudad hispánica, se apareció en tiempos de Tiberio, sucesor de Augusto, la Virgen del Pilar, Patrona de Aragón y Madre de la Hispanidad, al apóstol Santiago el Mayor. La tradición de la aparición de la Virgen del Pilar a Santiago, Patrono de España, ha sido mantenida por la Iglesia a lo largo de los siglos y así lo defendió el Papa Calixto III con una bula a mediados del siglo XV y atestiguaron recientemente los Papas Juan Pablo II (*Totus tuus*) y Benedicto XVI (*Cooperatores veritatis*) con sus peregrinaciones. En su alocución, Juan Pablo II definió a España como «tierra de María» y dijo: «El Pilar de Zaragoza ha sido siempre considerado como el símbolo de la firmeza de fe de los españoles... El Pilar y su tradición evocan para vosotros los primeros pasos de la evangelización de España». Y añadió: «En tus manos pongo la fatiga y el sudor de quienes trabajan con las suyas; la noble dedicación de los que transmiten su saber y el esfuerzo de los que aprenden; la hermosa vocación de quienes con su ciencia y servicio alivian el dolor ajeno; la tarea de quienes con su inteligencia buscan la verdad». También Juan Pablo II llamó a América, donde evangelizan quince mil misioneros españoles, “Continente de la Esperanza”.

Santiago el Mayor y Juan evangelista eran hijos de Zebedeo y de Salomé, hermana de la Virgen María. Aunque Santiago murió martirizado en Jerusalén hacia el año 42 y fue el primer apóstol que sufrió martirio por Jesucristo, su sepulcro se encuentra, según se cree, en Santiago de Compostela, donde fue descubierto en los umbrales del siglo IX. Santiago con Jerusalén y Roma son los centros de

peregrinación más importantes del mundo cristiano. Asimismo, Santiago y Zaragoza son los dos lugares jacobeos de España, y el Camino de Santiago ha sido durante el Medioevo y la Edad Moderna, y lo sigue siendo en la actualidad, uno de los hilos que ha contribuido a tejer el formidable y esperanzador tapiz del ser cristiano de Europa. El brillante poeta granadino Federico García Lorca dedicó a *Santiago* una Balada ingenua:

*Esta noche ha pasado Santiago
su camino de luz en el cielo.*

*¿Dónde va el peregrino celeste
por el claro infinito sendero?*

*Va a la aurora que brilla en el fondo
en caballo blanco como el hielo.*

La Sociedad Española de Bioquímica (SEB), hoy de Bioquímica y Biología Molecular (SEBBM), de la que fui socio fundador y soy socio de Honor, nació precisamente en Santiago el año 1963. El Consejo de Europa declaró en 1987 al Camino de Santiago “Primer Itinerario Cultural Europeo”. El año 2010 ha sido y es para mí *año de gracia*, Año Santo jubilar, con Santiago de Compostela como meta soñada, donde han acudido multitud de peregrinos, entre ellos el Papa, para invocar al apóstol.

Cristóbal Colón, asiduo devoto de Nuestra Señora de la Antigua de Sevilla y de Santa María de la Rábida, celebró con un *Te Deum* y una misa de acción de gracias el *Descubrimiento del Nuevo Mundo* el 12 de octubre de 1492, fiesta de la Virgen del Pilar, y lo consagró a la Madre de Dios. La primera isla que descubrió Colón la llamó San Salvador, y la segunda, Santa María de la Concepción. La primera ciudad española de las Indias Occidentales fue Santa María la Antigua en la provincia de Darién (Panamá), fundada por Vasco Núñez de Balboa en 1510. En cuanto a la primera diócesis del continente americano se creó en 1523 en tiempos de León X en Darién, donde se construyó el templo dedicado a Santa María la Antigua. Cuando Colón regresaba a España después del Descubrimiento de América invocó la protección de la Virgen María ante una terrible tempestad y «ordenó que se echase en suerte un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y le llevase un cirio de cinco libras de peso». La suerte recayó en él mismo, y el almirante «se tuvo por romero y deudor de ir a cumplir el voto al santuario mariano de Extremadura», llevando el cirio a la Virgen extremeña. El Papa Benedicto XIV nombró en 1754 a Nuestra Señora de Guadalupe —“la Virgen morenita”, que la Iglesia acepta se apareció en el cerro del Tepeyac al indio Juan Diego en 1531— Patrona del virreinato de México. San Pío X, que había declarado oficialmente en 1907 a Nuestra Señora de Guadalupe Patrona

de Extremadura, proclamó finalmente en 1910 a la Virgen de Guadalupe Patrona no solo de México sino de toda Latinoamérica. Estos acontecimientos marianos fueron testimoniados por Juan Pablo II en sus peregrinaciones a ambos santuarios guadalupanos. Juan Diego es el primer santo indio americano y fue canonizado en 2002 por Juan Pablo II.

Sin exageración puede afirmarse que la *Revolución geográfica, económica, alimentaria, lingüística...* e incluso *científica* se inició con el Descubrimiento de América. Los Reyes Católicos —título concedido por el Papa Alejandro VI a Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla en 1494— recibieron a Colón a la vuelta de su segundo viaje en el Salón del Almirante del Alcázar sevillano. En una de sus paredes hay un cuadro con la primera representación pictórica que se hizo en Europa para conmemorar el Descubrimiento: la Virgen de los mareantes, en cuyo centro figuran los rostros del César Carlos, Cristóbal Colón y Américo Vespucio. Los restos de Cristóbal Colón descansan en el túmulo de la Catedral hispalense, y los de Américo, que se casó con la sevillana Isabel Cerezo, reposan también en Sevilla, pero se ignora en qué iglesia fueron enterrados.



Adoración de los pastores. José Ribera, “el Españoleto”. 1650. Museo del Louvre, París

Fernando de Magallanes, gran devoto como Cristóbal Colón de la Virgen María «a la cual todos los cristianos tenemos por Señora y por abogada en todos nuestros hechos», dejó escrito en su testamento antes de embarcar el 10 de agosto de 1519 en el Puerto de las Mulas del Guadalquivir para su *Viaje alrededor del Mundo* que si falleciese en Sevilla le enterraran en el Monasterio de los frailes Mínimos de Santa María de la Victoria de Triana, Patrona de los navegantes, y si falleciese en dicho viaje enterraran su cuerpo en una iglesia de la advocación de Nuestra Señora del lugar más cercano. Cuando el 9 de septiembre de 1522 Juan Sebastián Elcano y los diecisiete marineros que lograron sobrevivir llegaron al puerto de Sevilla, fueron a dar gracias a la Virgen titular de su nave, Santa María de la Victoria, y luego a la catedral, donde se postraron ante Santa María de la Antigua. La primera imagen de la Inmaculada Concepción que hubo en América fue llevada a mediados del siglo XVI por don Rodrigo Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús, y se venera en Nicaragua, de la que es Patrona. La primera santa de Hispanoamérica y Filipinas fue Santa Rosa de Lima, de nombre Isabel y hermosa como las rosas, dominica y fervorosa devota de la Virgen del Rosario, cuya madre fue bautizada en el siglo XVI en la iglesia parroquial de San Pedro de Carmona. Alfonsa de la Inmaculada Concepción, la primera Santa de la India, fue canonizada por el Papa Benedicto XVI el año 2008.

III. ENCARNACIÓN, NACIMIENTO, RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN DE JESUCRISTO. PENTECOSTÉS



La obra cumbre de la Salvación de los hombres —la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios, su muerte, Resurrección y Ascensión— se inicia con naturalidad y sencillo encanto con la *Natividad de la Virgen María* en el hogar de Joaquín y Ana, nueve meses después de su *Inmaculada Concepción*. San Juan Damasceno, el último de los Santos Padres de Oriente, que vivió entre los siglos VII y VIII, ensalzó con veneración y entusiasmo a los padres de María por haber traído al mundo a la virgen de la regia estirpe de David que estaba destinada a ser la Madre de Dios sin obra de varón e iniciar la salvación del mundo. La solemnidad de la Natividad de la que sería años después Madre de Dios se celebra el día 8 de septiembre. En Carmona se festeja con gran fervor y regocijo en honor de la Virgen de Gracia: rosario de la aurora, romería, novena, salve, actos culturales, festejos populares... Lope de Vega cantó en lenguaje llano y con ternura angelical el Nacimiento de la *Reina llena de Gracia*, elegida por Dios desde el principio para ser Madre de su Hijo:

*Canten hoy, pues nacéis vos,
los ángeles, gran Señora,
y ensáyense, desde ahora,
para cuando nazca Dios.*

*Canten hoy, pues a ver vienen
nacida su Reina bella,
que el fruto que esperan de ella
es por quien la gracia tienen.*

*Pues de aquí a catorce años,
que en buena hora cumpláis,
verán el bien que nos dais,
remedio de tantos daños.*

*Y nosotros, que esperamos
que llegue pronto Belén,
preparemos también
el corazón y las manos.*



La Adoración de los Magos. Diego de Silva y Velázquez. 1619. Museo del Prado, Madrid

Según la tradición judeocristiana, María es de la tribu de Judá y del linaje de David. Juan evangelista fue quien más y mejor supo cuidar y venerar a la Madre de Jesucristo, llevándosela a su casa después de la muerte, Resurrección y Ascensión de su Hijo. El *Corán*, Libro Sagrado del Islam, venera también a la Inmaculada Virgen María «como la escogida por Dios entre las mujeres del mundo». Esta visión de María, modelo de perfección también para los musulmanes, debe ser valorada muy positivamente por hebreos y cristianos como puente de encuentro y comprensión entre las tres religiones de la *Biblia*, mayoritarias en el mundo de hoy. De Abraham descienden los judíos y cristianos por su mujer Sara y su hijo Isaac, y los árabes por su esclava Agar y su hijo Ismael. Unos y otros debemos perdonar nuestras pasadas ofensas, conocernos mejor, reconocer lo que tenemos en común, respetar las diferencias y tratar de resolverlas sin apasionamiento y en aras del bien y la verdad ¡Siempre la verdad y el bien por encima de particularismos enaltecidos! En su visita a la mezquita de Damasco el año 2001, el Papa Juan Pablo II entregó como obsequio al Gran Mufti una imagen de la Virgen venerada por el Corán.

Durante su estancia en Israel, el “cura” escritor y periodista José María Javierre —un regalo de Aragón a Andalucía— escribió en su libro *En busca de Jesús de Nazaret*: «Qué historia penosa durante siglos la desavenencia de “tres culturas” integradas por creyentes en el mismo Dios y fundamentadas en el mismo *Libro*». Las religiones judía, cristiana e islámica manan del mismo manantial, tienen sed y necesidad de amor, solidaridad y verdad, y solo serán conciliables en lo que tienen de verdad común con la Verdad universal y única. Esta deseable y necesaria alianza les permitirá finalmente —esperemos que más bien pronto que tarde, dada la aceleración exponencial de los conocimientos, la ciencia y la globalización— conciliarse entre sí y con otras religiones, teologías y filosofías, incluidas las de los ateos. Los historiadores, científicos y dirigentes laicos y religiosos tienen una enorme responsabilidad a este respecto. Entretanto, unos y otros tenemos que ser muy comprensivos y tolerantes con los demás. La Verdad es una; las creencias e ideologías múltiples. No hay un Dios particular para cada hombre, para cada pueblo o para cada raza, sino un solo Dios Creador, Padre de todos los hombres.

Los acontecimientos sobrenaturales del devenir de la vida de María —desde la *Encarnación de Jesucristo* hasta su *Resurrección y Ascensión*— son narrados por los apóstoles Pedro, Santiago y Pablo y por los evangelistas Mateo, Lucas y Juan de una manera tan franca, sencilla y escueta que en pleno siglo XXI nos parece increíble, por no decir imposible, que hubieran podido ocurrir de esa manera y encerrar tanta grandeza y trascendencia como para cambiar la historia de la humanidad y decidir su porvenir y salvación. Por otro lado, la Creación y evolución del Universo, de la vida y del hombre, y nuestra asombrosa historia y expectante destino son también misterios trascendentales e insólitos, milagros de portentosa simplicidad, complejidad y envergadura, que narra someramente la Biblia y van esclareciendo con sorprendente precisión y lógica aplastantes la historia y la ciencia. Nos cuesta imaginar y todavía más comprender, pues ciertamente desborda nuestra inteligencia, que las cosas hayan sido y sean así y, aun más, cómo lo serán en el futuro y hasta cuándo.

Por mucho que nos esforcemos, y a pesar de los fulgurantes avances de nuestros conocimientos, de la ciencia y de la técnica, no podemos todavía esbozar siquiera lo que hay detrás y significan las deslumbrantes maravillas de la Creación. Hay una similitud impactante entre el *hágase la luz* bíblico, el *big bang* científico, que en cierto modo corrobora el bíblico, el *sí* de María y el *aleluya* de la Pascua de Resurrección evangélicos. Que de la nada nazca y se desarrolle el Universo, que una criatura sea Madre de su Creador y que un hombre nacido de mujer resucite después de muerto y ascienda al Cielo como cuerpo glorioso son acontecimientos inconcebibles que admiten la Iglesia y el pueblo cristiano como hechos creíbles y fiables y en cierta medida demostrables, pero que en todo o en parte siguen siendo todavía interrogantes abiertos para la Historia y para una fracción de la humanidad.

En otro orden de cosas son también hechos ciertos, constatados y apabullantes, por ejemplo, la conversión instantánea de los fotones ultraenergéticos en partículas atómicas y la fusión nuclear de hidrógeno en helio que ocurre en el centro del Sol e ilumina de luz la Tierra. Y qué no decir de la fusión celular tan simple y tan compleja del espermatozoide de un hombre y del óvulo de una mujer, cada uno independiente y con su dotación cromosómica propia y dobles cadenas de ADN, para dar origen a un nuevo ser. Nuevos seres humanos en potencia desde su concepción que, desde Adán y Eva y abortistas al margen, han resultado ser después en la realidad sabios, como Buda o Confucio; santos, como San Francisco o Santa Ángela; defensores de la paz, como Gandhi o Juan Pablo II; científicos, como Newton o Einstein; escritores, como Cervantes o Shakespeare; poetas, como Dante o Goethe; pintores, como Miguel Ángel o Velázquez; músicos, como Mozart o Beethoven; héroes, como Alejandro o el Cid; deportistas, como Indurain, Nadal o la selección española de fútbol.

El poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, en quien alcanza el romanticismo español su más alto grado de innovación formal y de quien decía Antonio Machado, otro de los más grandes poetas sevillanos, que era “el ángel de la verdadera poesía”, se preguntó a sí mismo muchas veces en sus rimas, poemas y leyendas sobre la razón y la inspiración, sobre la chispa divina inflamada de amor que anida prisionera y dormida en el fondo del alma como las notas del arpa en sus cuerdas... ¿Supera el espíritu a la materia, el corazón a la razón, el ideal a la realidad, la ley divina a las leyes naturales y humanas, que son también divinas? ¿Puede el alma liberarse del cuerpo, remontar su vuelo y contemplar la verdad desnuda, pura y sin velo, por encima de las leyes fisicoquímicas que tan sabiamente gobiernan el cuerpo y la mente y dan solidez y rigor científico a nuestras ideas? ¿De dónde nacen la poesía y el amor en el interior del hombre y a quién o a qué leyes, si las hay, obedecen? ¿Habrá siempre luz divina, poesía y esperanza en la vida humana o estamos condenados a que nuestro destino sea *in aeternum* vil materia, podredumbre y cieno? Como ángel que era de la verdadera poesía, Bécquer, su más pura esencia, lo sintió, entendió y expresó con celestial luminosidad y belleza:

*Mientras la ciencia a descubrir no alcance las fuentes de la vida...
Mientras la humanidad, siempre avanzando, no sepa a do camina...
Mientras haya un misterio para el hombre...
Mientras sintamos que se alegra el alma...
Mientras se llore sin que el llanto acuda a nublar la pupila...
Mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan...
Mientras haya esperanzas y recuerdos...
Mientras sentirse puedan en un beso dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa, ¡habrá poesía!*

Mientras haya farmacéuticos en Sevilla y su provincia seguiremos predicando con confianza y entusiasmo el día de nuestra Patrona, la Pura y Limpia, un Pregón que sea un canto a la Gracia, la Belleza, el Amor, la Verdad y la Esperanza. Los pensamientos de Bécquer y de infinidad de poetas y pensadores más, anteriores y posteriores a él, deben elevarnos y movernos a profunda reflexión, porque es cierto que nuestras vidas oscilan entre la realidad de los hechos y la fantasía de los sueños y se asientan sobre un trípode cuyos fundamentos son lo que somos, lo que sabemos o ignoramos, y lo que creemos. Es mucho lo que ya sabemos y mucho más todavía lo que ignoramos, y tanto la grandiosidad del Universo como el portento de ser hombres, el deseo de vivir eternamente como el nihilismo de que todo sea vana ilusión y de que, después de todo, todo quede en nada, no han sido ni son tesis ajenas a los corazones y a las mentes más sensibles, capaces y penetrantes.

Después de considerar el misterio del origen instantáneo y explosivo del Universo a partir de un huevo primigenio, la gestación de nuestro sistema solar, la aparición en nuestro planeta del *Homo sapiens sapiens* y la venida de Jesucristo, todos nos hacemos una y otra vez desde distintos ángulos y con muy diferentes



La Huida a Egipto. Bartolomé E. Murillo. 1648. Instituto de Arte, Detroit

actitudes, con incredulidad o fe interrogante y dubitativa, preguntas como la que se hizo María, llena de candor y cordura, cuando el ángel le anunció que iba a ser Madre del Hijo del Altísimo: *¿Cómo podrá ser esto, pues no conozco varón?* Desde luego es impresionante la libre toma de conciencia y la decisión inmediata de María ante un hecho inimaginable de universal trascendencia. Tras reflexionar con agilidad y prontitud después de la explicación del ángel, la llena de gracia respondió, ya entregado totalmente su amoroso corazón a Dios Padre, con el más delicado, conciso y responsable asentimiento: *Hágase en mí según tu palabra.* ¿Debemos los hombres creer en este sensacional misterio? Solo cabe una respuesta: *Si fue verdad, sí.* Como en el caso de la Resurrección del Señor, no es cuestión de fe, sino de la realidad o irrealidad de un hecho: verdad o mentira. Los biólogos del siglo XXI no podemos dejar de hacernos también otras preguntas fundamentales que plantea el misterio de la Encarnación. Desde el punto de vista genético-bioquímico tenemos que preguntarnos con razonable perplejidad —como en cierto modo lo hicieron los primeros exégetas y el gran Dante en el Medioevo— si toda la dotación cromosómica de Jesús y en consecuencia su naturaleza humana, su cuerpo carnal y su físico fueron exclusivamente de origen materno, ya que su concepción tuvo lugar sin obra de varón.

Creo que ahora, en nuestro tiempo, lo primero y principal al tratar estos temas con la profundidad y amplitud que requieren debe ser, ante todo y para todos, esforzarnos al límite con el corazón puro y la mente despierta y ecuánime para tratar de saber si fueron o no verdad los sucesos narrados por los evangelistas sobre la Encarnación, Resurrección y Ascensión del Hijo de Dios. Se crea, cuestione, niegue o ignore que los hechos fueran tales —pues todo lo que no sabemos con certeza es discutible y todos estamos metidos por nuestra condición humana en la misma barca y vamos a arribar al mismo puerto— hay que estar dispuestos a aceptar imparcialmente con infinito respeto y sin altanería ninguna la evidencia histórica y científica como hechos fidedignos. ¿Fue María la Virgen concebida sin mancha y llena de gracia, Madre del Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo y asunta a los Cielos, o solo una mujer dignísima y ejemplar, madre de Jesús? ¿Fue Jesucristo el Hijo del Padre y de la Virgen María, resucitado al tercer día después de su muerte y que ascendió a los cielos, o solo un excepcional y extraordinario hombre mortal? La verdad no admite alternativas.

La verdad es la verdad y no hay quien la mueva un ápice. Todos necesitamos para no caminar a tientas por los tortuosos y escabrosos caminos de esta vida la luz de las antorchas de la Verdad y del Amor, de la Historia y de la Ciencia, así como de las creencias bien fundamentadas que den razón de que son fiables, como amablemente ofrecía San Pedro sin ningún género de coacción a todos los que se la pedían. La fe en el bien, la verdad y la belleza es la fuerza más bienhechora, fehaciente y hermosa de que disponemos, y nos debe unir y liberar de la ignorancia y del mal sin prejuicios

de ningún género. Podemos y debemos confiar en que esta noble disposición acabará finalmente resolviendo dudas y hermanando a los hombres de buena voluntad. Cuanto más sabemos más nos convencemos de que todo, absolutamente todo, lo que ha ocurrido desde el principio del Universo es un milagro, un prodigio lleno de misterios que nos debe llenar de confianza y esperanza en su Autor, sabio, todopoderoso y misericordioso.

El positivismo radical parte de unas bases sólidas y tiene fecundas ramas y jugosos frutos, pero carece paradójicamente de raíces. En frase de don Severo Ochoa, el místico científico buscador de la verdad positiva, «la mente humana siempre busca el origen del Universo». Su íntimo amigo Xavier Zubiri, con quien compartió el Premio Ramón y Cajal, hubiera subrayado que «la mente humana busca a Dios detrás de ese origen». El panteísmo llevado hasta sus últimas consecuencias puede resultar asimismo irracional. De la Nada absoluta no puede salir espontáneamente nada más que nada, pero del Todo creador puede salir todo. Al principio de una obra tan descomunal hace falta proyectar, legislar, crear la energía y materia original, ordenarla, ponerla en movimiento y que transite a lo largo de los siglos por los espacios siderales. ¿Qué inteligencia y poder superior ha sido pues el origen creador, legislador y organizador providencial de todo? ¿Ha sido o no la operatividad y eficiencia impuesta por las leyes de la naturaleza imperantes desde el principio la causa de la lenta y penosa evolución de la luz y de la materia hasta originar la vida? ¿Fue aleatoria o programada y amorosa la creación del hombre? ¿Es el Sol consciente —o lo son los átomos que se fusionan en su interior— de que la vida en la Tierra que gira a su alrededor depende de la luz que a diario nos envía?

No nos puede extrañar que los marineros españoles que hacían la “Carrera de Indias”, y no sabían nada más que lo que veían sus ojos y creían sus corazones de hombres de bien, rezaran gozosos y agradecidos al ver amanecer por el Oriente la oración “Bendita sea la luz y El que nos la envía”. ¡Qué maravilla la sabiduría y eficiencia de los mecanismos moleculares por los que el agua y el aire —los simples ingredientes de las bebidas carbónicas— se convierten a expensas de la luz solar en prietas espigas en los trigales y en jugosos racimos en las vides! ¿Es o no un milagro biológico —que ya ha dejado de ser misterio gracias a la inteligencia humana y a la ciencia— que el agua y el aire se conviertan por acción de la luz solar a través de la maquinaria bioquímica de las plantas verdes y las levaduras en pan y en vino?

Después de meditar esperanzada y racionalmente sobre estos misterios —que ha ido desvelando la ciencia y no dejan de ser milagros— a los cristianos nos cautiva, conmueve y llena de gratitud el alma la institución de la Eucaristía con pan y vino cuando Jesús, después de dar gracias a Dios, dijo a sus discípulos: *Tomad y comed: Este es mi cuerpo. Tomad y bebed: Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en memoria mía.* Según los evangelios (Mt 26,26-30; Mc 14,22-25; Lc 22,14-20),



Las bodas de Caná. Jacobo Comin, “el Tintoretto”. 1561. Santa Maria della Salute, Venecia

Jesucristo pronunció estas palabras —confirmadas por el apóstol Pablo en su primera carta a los corintios (1Co 11,23-25)— con plena conciencia de que iba a morir crucificado y resucitaría al tercer día para quedarse siempre con nosotros bajo estas especies sacramentales. Mateo, Marcos y Lucas refieren además en sus evangelios la predicción por Jesucristo de su muerte y *Resurrección*, repitiendo con detalle sus palabras nada menos que tres veces en tres ocasiones distintas: (Mt 16,21; 17,22-23; 20,17-19), (Mc 8,31; 9,30; 10,32-34), (Lc 9,22; 9,44; 18,31-33), y la Iglesia ha aseverado desde el principio que la *Eucaristía* es el sacramento de la fe cristiana. Al final de la conmemoración del misterio de la Eucaristía, los cristianos entonamos con gozo y esperanza: “Anunciamos tu muerte. Proclamamos tu resurrección”. Son muchas en el mundo las ciudades, entre ellas Sevilla, que exteriorizan este misterio inenarrable festejándolo con gran solemnidad y devoción el día del *Corpus Christi*.

Todo en María es también un emotivo y revelador misterio. Desde su Concepción hasta su Asunción, María es la criatura más excelsa de la Creación, en quien por voluntad de Dios Padre han florecido llena de gracia y sin sombra de pecado todas las virtudes para que los hombres la amemos, veneremos y en lo posible imitemos. María es no solo Madre del Hijo de Dios y Madre nuestra, sino Reina del Mundo (*Regina Mundi*) y puerta del Cielo (*Ianua Coeli*). Así lo han proclamado abiertamente con sus vidas y con sus obras a lo largo de veinte siglos y bajo las más diversas y bellas advocaciones los más grandes artistas —orfebres, pintores, escultores, arquitectos, músicos, cantantes, escritores, cineastas— y sobre todo los exégetas y teólogos —muchos de ellos científicos—, los pastores de la Iglesia y el pueblo en general: miles de millones de personas inteligentes, prudentes y bienintencionadas. Igualmente las órdenes religiosas, gremios, hermandades y cofradías, universidades, asociaciones y colegios profesionales, entre los que

queremos destacar en la solemne festividad de hoy los colegios farmacéuticos y especialmente el nuestro de Sevilla. También muchas ciudades, regiones y naciones. Desde su Inmaculada Concepción, todas las generaciones la bendecimos y llamamos *Bienaventurada*. Solo en España existen más de cuatro mil títulos con los que los hijos de María la veneran en los diversos santuarios de la geografía nacional: Pilar, Guadalupe, Covadonga, Montserrat, Almudena, Aranzazu, Begoña, Reyes, Victoria, Gracia, Merced, Rocío, Cabeza, Candelaria, Nieves, Angustias, Desamparados, Fuencisla... Algunas de las devociones marianas más famosas en Europa y América son Santa María la Mayor en Roma, la Inmaculada Concepción en Lourdes, Nuestra Señora del Rosario en Fátima, el icono de María en Kazán, la Virgen Negra en Czestochowa, la Virgen de Guadalupe en Méjico, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre en Cuba, Nuestra Señora de Luján en Argentina, la Virgen de la Aparecida en Brasil... A primeros de este mes de noviembre, el Papa Benedicto XVI ha consagrado en Barcelona la nave central del templo de la Sagrada Familia de Gaudí, el “arquitecto de Dios”, hombre de grandes virtudes y muy devoto de la Virgen María; una magnífica aportación de la Iglesia al arte, la cultura y las necesidades de nuestro tiempo, promovida por la Asociación de Devotos de San José. El primer texto bíblico que menciona el nombre de María es Mateo, apóstol y evangelista. La fiesta de San Mateo se celebra con solemnidad el 21 de septiembre en Carmona —que le dedicó una bella ermita, construida al pie de las murallas antiguas y hoy felizmente restaurada— para conmemorar su conquista por el rey San Fernando en 1247.

Mateo empieza su Evangelio —y también después Lucas el suyo— con el relato de la ascendencia humana de Jesucristo, en tanto que Juan expone su generación divina. El evangelio de Mateo toma como base a José; el de Lucas a María. Para explicar el misterio de la *Concepción de Jesucristo*, escribe Mateo: «Y este fue el origen de Jesucristo... Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo... Un ángel del Señor se le apareció a José y le dijo: No temas José, hijo de David, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por el profeta: He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros» (Mt 1,13-23).

San Mateo prosigue su narración con el *nacimiento de Jesús, adoración de los Magos, huida a Egipto, matanza de los inocentes y regreso a Nazaret*: Una vez nacido Jesús en Belén, llegaron a Jerusalén guiados por su estrella unos Magos de Oriente que venían a adorarle y preguntaron donde estaba el rey de los judíos que acababa de nacer, lo que turbó al rey Herodes. Enviados por éste a Belén después de convocar y consultar a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, los magos siguieron de nuevo la estrella, que se paró encima del lugar donde estaba

el niño. Encontraron al niño con María, su madre, y después de adorarle y ofrecerle sus presentes se volvieron a su patria desobedeciendo las órdenes de Herodes, que les había pedido le dieran noticia de su visita a Belén. Enfurecido Herodes al verse burlado ordenó matar a todos los niños de Belén y su entorno menores de dos años, pero no logró su propósito de poner fin a la vida de Jesús, pues la Sagrada Familia había huido a Egipto y no regresó a Israel hasta después de la muerte del rey, estableciéndose en Nazaret. La matanza de los inocentes por las huestes de Herodes debe ser de nuevo motivo de reflexión contra el aborto. A buen seguro que, de haberlo sabido a tiempo, el ensoberbecido rey cruel no hubiera tenido escrúpulo alguno en interrumpir la vida del Niño en el propio vientre de su Madre tras su concepción en Nazaret antes de dar a luz en Belén.

Lucas es más explícito que Mateo en cuanto a la *Anunciación y Nacimiento de Jesús*: «El ángel Gabriel fue enviado de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y presentándose a ella, le dijo: Salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Ella se turbó al oír estas palabras y se preguntaba qué podría significar aquella salutación. El ángel le dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús... Él será grande y reconocido como Hijo del Altísimo... Dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser esto, pues no conozco varón? El ángel le contestó: el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo y será llamado Hijo de Dios... Dijo María: He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,26-38).

El gran cantor de los misterios de la Navidad San León I Magno nos hizo recapacitar, como anteriormente San Agustín, que María, antes de concebir en su cuerpo al que era a la vez Dios y hombre, ya lo había concebido en su mente. ¡Con qué fe, estremecimiento y suma docilidad debió aceptar sin mediar espera, pero discurriendo, una mente tan limpia y clara como la de María tan inefable, sobrenatural y responsable misterio! ¡Qué contraste con la soberbia y rebeldía de Eva en el Paraíso terrenal, que después de seducir engañosamente a Adán desobedeció a Dios! Confieso que en mi visita a Nazaret sentí en el fondo del alma una conmovedora e intensa emoción al reflexionar con la objetividad propia del científico escéptico y la inmanencia de ser hombre creado a imagen y semejanza de Dios que allí — en el silencio de Nazaret, como evocara Pablo VI en su histórica visita — hubiera podido tener lugar hacía dos mil años la escena tantas veces rememorada del misterio de la Anunciación. Sin duda, y de ser cierto como reitera una y otra vez la Iglesia, el de más significación y trascendencia en la historia del Universo desde el *big bang* y la aparición del hombre en la Tierra: la *Encarnación* del Hijo de Dios en María, una doncella de celestial belleza llena de gracia que le dio al Padre su confianza y conformidad con tanta responsabilidad, prontitud y sentido del deber. Juan Ramón Jiménez, el “andaluz universal” de Moguer, reflejó la sencillez triunfal del misterio

con exquisita fidelidad y delicadeza en su magistral poema *Anunciación*, que rememora con palabras virginales el inigualable cuadro del espiritual cuatrocentista italiano Fra Angélico. Este santo dominico, conocido precisamente como el “pintor de la Anunciación”, fue beatificado por el Papa Juan Pablo II y declarado patrón de todas las artes nobles y especialmente de los pintores:

*¡Trasunto de cristal,
bello como un esmalte de ataujía!
Desde la galería esbelta
se veía el jardín.
Y María virgen, tímida,
plena de gracia,
igual que una azucena,
se doblaba al anuncio celestial.*

*Un vivo pajarillo
volaba en una rosa.
El alba era primorosa.
Y, cual la luna matinal,
se perdía en el sol nuevo y sencillo
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.
¡Memoria de cristal!*



La Última Cena. Leonardo da Vinci. Siglo XVI. Museo Da Vinci, Tongerlo

Como lo hizo María ante el anuncio del ángel, todos debemos inclinar nuestro cuerpo al rezar el Ángelus. También el inspirado poeta García Lorca glosó con su duende el misterio de la Anunciación, embelleciéndolo con alegres imágenes gitanas inconfundiblemente suyas:

*Dios te salve, Anunciación.
Morena de maravilla.
Tendrás un niño más bello
que los tallos de la brisa.
¡Ay san Gabriel de mis ojos!
¡Gabrielillo de mi vida!*

El arcángel Gabriel (cuyo nombre significa “fortaleza de Dios”) anunció a María por encargo de Dios Padre y obra y gracia del Espíritu Santo el mensaje más importante de la historia de la Salvación: la Encarnación del Hijo de Dios. La fiesta de la Anunciación, que se celebra el 25 de marzo, nueve meses antes del nacimiento del Niño Jesús, es sin duda, junto a la del Domingo de Resurrección, la más importante del calendario litúrgico y de nuestras vidas, y el *Avemaría* es la más hermosa, perfecta y sencilla oración mariana del mundo cristiano. La solemnidad de la Anunciación es, sin embargo, ignorada y pasa desapercibida para la mayoría, lo que es un hecho incoherente y triste que debemos corregir. ¡Cuánto nos cuesta aprender la lección de humildad, credibilidad y entrega que María nos dio con su sí! ¡Cuánto le cuesta a la mente engreída, dura, rebelde y fría reconocer que la Encarnación del Hijo de Dios haya podido ser el instante decisivo de la historia humana para su salvación! Y al mismo tiempo, cuánta responsabilidad creerlo, aceptarlo y pregonarlo. ¡Qué importante es siempre, para cristianos y no cristianos y para el futuro de la humanidad, disipar dudas, aclararlo todo, saberlo todo; no errar y seguir el buen camino, único y verdadero! En el Año Santo 1950, el Papa Pío XII proclamó Santa a la reina de Francia Juana de Valois, fundadora de la Orden de la Anunciación de la Bienaventurada Virgen María a principios del siglo XVI, destacando su total y absoluta consagración a la Madre de Dios.

Prosigue Lucas su evangelio con la *Visitación* a Isabel, prima de María, que esperaba ya a su hijo, Juan el Bautista: «María se puso en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel... Isabel se llenó del Espíritu Santo y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!... Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que te han sido dichas de parte del Señor». María entonó entonces el *Magnificat*, el más bello cántico de alabanza y gratitud que haya pronunciado jamás criatura alguna: «Mi alma proclama la grandeza del Señor... porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo... Desde ahora me llamarán

bienaventurada todas las generaciones... Después, María permaneció con Isabel tres meses y se volvió a su casa» (Lc. 1,46-50). María, la humilde esclava del Señor, engrandeció a Dios más que nunca lo ha hecho ningún otro ser humano. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, la Visitación de María —ya convertida en Madre del Señor— a Santa Isabel fue una fiesta venerada por los fieles con gran devoción. En el siglo XIII, varias comunidades religiosas, y en especial los franciscanos, introdujeron esta fiesta en la liturgia romana. El Papa Bonifacio IX decretó en 1390 por la bula *Superni benignitas* que en toda la Iglesia se celebrara la festividad de la Visitación de la Virgen. En 1610, el obispo de Ginebra San Francisco de Sales, patrón de los periodistas, fundó, junto con Santa Juana de Chantal, la Orden de la Visitación de Nuestra Señora. Hasta la reforma del Calendario después del Concilio Vaticano II, la Visitación se celebraba el 2 de julio, pero a partir de entonces la Iglesia la trasladó al 31 de mayo.

Lucas narra a continuación de la Visitación el *Nacimiento*, infancia y mocedad de *Jesús*: «Y sucedió en aquellos días que salió un edicto de César Augusto para que se hiciese un censo en toda la tierra... Y José, por ser de la casa de David, subió también de Galilea, desde la ciudad de Nazaret hacia Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, a fin de empadronarse con María, la mujer desposada con él, que estaba encinta. Mientras estaban allí se cumplieron los días del parto y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en unos pañales, y lo reclinó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. Y había unos pastores en aquella misma tierra, que estaban al raso y velaban durante las horas de la noche su rebaño. Y un ángel del Señor vino a su lado... y les dijo: No temáis, porque he aquí que os doy una buena noticia, una alegría grande, que lo será para todo el pueblo: Que hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo Señor, en la ciudad de David... Y al punto se unió al ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad”... Los pastores fueron con presteza y encontraron a María, a José y al Niño en un pesebre... Y los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto conforme se les había dicho» (Lc 2,1-20). ¿Recibió San Lucas, *el evangelista de María*, directamente de la madre de Jesús todas las confidencias que narra en su Evangelio? ¿Cabe en cabeza humana pensar que —como antes San Mateo y después San Juan— un fiel seguidor de Jesucristo, honrado, instruido y veraz como San Lucas, pudiera tan solapada y repetidamente mentir a conciencia y con tanto magisterio, profundidad y sutileza, inventando un acontecimiento inaudito de significación cósmica, una superchería, que iba a producir y sigue produciendo tanta conmoción y tanta esperanza? ¿Cabría mayor desfachatez, cinismo y perversión que un testimonio falso ante tanta gracia, pureza y belleza?

Lucas refiere después la *Purificación de María* y la *Presentación del Niño* y el testimonio y la profecía del anciano Simeón: «Y cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés le llevaron a Jerusalén para ser presentado al Señor... Y he aquí que había un hombre justo y piadoso en Jerusalén llamado



Descendimiento. Roger Van der Weyden. 1435. Monasterio de El Escorial

Simeón que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no hallaría la muerte antes de ver al Cristo del Señor... Simeón tomó al niño en sus brazos y bendiciendo a Dios dijo: Ahora, Señor, puedes ya dejar ir en paz a tu siervo... y los bendijo y dijo a María, su madre: He aquí que éste está para caída y levantamiento de muchos de Israel y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2, 22-35).

Jesús no comenzó su *vida pública* hasta los treinta años. De su *vida oculta* conocemos el episodio narrado por Lucas cuando el niño solo tenía doce años y sus padres le hallaron después de tres días de búsqueda en el templo de Jerusalén conversando con los doctores. «Su madre le dijo: Hijo ¿por qué has obrado así con nosotros? Tu padre y yo andábamos angustiados buscándote. Y él le contestó: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?... Bajó con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,48-52).

Los dos primeros capítulos de los evangelios de San Mateo y San Lucas se llaman “evangelios de la infancia” y ofrecen las primeras referencias del nombre de María en los relatos de la Anunciación, Concepción, Visitación, Nacimiento, Huída a Egipto, Presentación del Niño, y Jesús ante los doctores. También después

San Mateo y San Marcos mencionan brevemente en su evangelio a María, la Madre de Jesús (Mt 13,55; Mc 3,31-35; 6,1-6). La fiesta del *Dulce Nombre de María*, que comenzó en el siglo XVI en España y se extendió por el mundo, se ha vuelto a recuperar después de su supresión del Calendario Mariano y se conmemora el 12 de septiembre bajo la advocación del *Santísimo Nombre de la Bienaventurada Virgen María*. Por otro lado, antes del Concilio Vaticano II, la fiesta de la *Purificación de la Santísima Virgen* o de la *Candelaria*, que había sido importada de Oriente como lo indica su nombre de origen griego, se celebraba el 2 de febrero, pero el actual calendario considera esta solemnidad como *Presentación del Señor*. A finales del siglo VII, el Papa Sergio I dispuso que se solemnizaran con una procesión de candelas las cuatro fiestas marianas más significativas: la Asunción, la Anunciación, la Natividad y, por supuesto, la Purificación. El carácter tradicional de la Candelaria, cercana a la fiesta de San Blas de acentuada raigambre popular, sigue sin embargo celebrando a María. Recuerdo que mi madre nos llevaba de niños el día siguiente de la Candelaria a la iglesia de San Blas para pedirle al santo protección contra las afecciones de garganta. La *Presentación de la Virgen María* en el Templo de Jerusalén, una de las fiestas principales de la Iglesia oriental, fue introducida en el calendario romano por el Papa Sixto IV y se celebra el 21 de noviembre.

San Juan, el discípulo predilecto del Señor, inicia con increíble concisión y riqueza de contenido lo que tradicionalmente se ha venido llamando el último evangelio por leerse al final de la misa, uso que lastimosamente se ha perdido: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho». El Verbo es la Palabra, la acción, la potencia de Dios “a quien nadie vio jamás”, y el Universo es la grandiosa obra de arte, vida y amor de su poder creador. La teología, la ciencia y la tecnología han demostrado sin lugar a dudas —y como aconsejaba Sócrates conviene repetirlo a menudo para conocimiento y convicción de todos los hombres— que el Universo inició su andadura hace unos quince mil millones de años y culminó su insólita y programada evolución con la aparición del hombre en nuestro planeta hace unos cincuenta mil años. El Águila de Patmos continúa su alto vuelo con la *Encarnación del Verbo*: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,1-18).

Cuenta San Juan que en la *boda de Caná de Galilea*: «La madre de Jesús le dice a su hijo: No tienen vino... y después a los servidores: Haced lo que Él os diga». Tras el ruego de su madre, Jesús acude en ayuda de los esposos en apuros y convierte en vino el agua con que los sirvientes habían llenado seis tinajas de piedra de las que usan los judíos para las purificaciones. «Este fue el primer milagro que hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él» (Jn 2,1-11).

San Juan finaliza su evangelio con el vía crucis de Jesús al Calvario, que en hebreo se dice Gólgota, donde lo crucificaron: «Pilatós escribió un título y lo puso sobre la cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*... Estaban junto a la cruz su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn 19,16-27). Los Papas Juan Pablo II, Pablo VI y Benedicto XVI peregrinaron a la “Casa de la Virgen” en Éfeso, donde según la tradición vivió sus últimos años con San Juan hasta su muerte o “dormición”.

Tras la *Crucifixión*, San Juan continúa su relato con la sepultura y *Resurrección* de Jesús: «El día primero de la semana María Magdalena vino muy de madrugada al sepulcro y vio quitada la piedra. Corrió hacia donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo: Han tomado al Señor del sepulcro y no sabemos donde lo han puesto... María se quedó junto al monumento llorando... Vio a Jesús que estaba allí, pero no lo reconoció. Jesús le dijo: Mujer ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?... Ella le dice: Si tú lo has quitado dime donde lo pusiste y yo me lo llevaré. Díjole Jesús: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo ¡Rabboni! que quiere decir Maestro... María fue a anunciar a los discípulos que había visto al Señor y lo que le había dicho» (Jn 20,1-18). Jesús se aparecería a los discípulos tres veces después de resucitado, las dos primeras en el Cenáculo y la tercera en Galilea. San Juan termina su evangelio con un Apéndice y una solemne declaración de la verdad de su testimonio: «Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro; y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios» (Jn 20,30-31). San Juan remacha finalmente en el Apéndice: «Este es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero» (Jn 21,24). También San Mateo, San Marcos y San Lucas hablan de las piadosas mujeres, de la sepultura de Jesús, del sepulcro vacío, del Señor resucitado y de la aparición a los discípulos. ¿Mentirían de nuevo todos los evangelistas en la Resurrección, como al principio en la Encarnación, tal como creen los incrédulos?

San Lucas, por su parte, termina su evangelio con la *Ascensión* del Señor ante sus discípulos (Lc 24,50-52). También San Marcos (Mc 16,19-20) y los Hechos de los Apóstoles (Hch 1,9-12) dan cuenta de la Ascensión. Desde la Ascensión en el Huerto de los Olivos Cristo vive para siempre junto al Padre. El profesor de teología y gran poeta y escritor del Siglo de Oro fray Luis de León cantó *En la Ascensión* la desolación en que quedaron sumidos los seguidores del Señor al ver que fue arrebatado al Cielo y una nube le sustrajo a sus ojos:

*¡Y dexas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!
¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?*

Los Hechos narran que, tras la Ascensión, los apóstoles se volvieron del Monte Oliveti al Cenáculo de Jerusalén, donde «perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús» (Hch 1,12-14) hasta la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hch 2,1-42), que la Iglesia invoca con especial intensidad con el ¡Ven, Espíritu Santo! (*Veni, Sancte Spiritus!*). Los judíos celebraban siete semanas después de la Pascua la fiesta de Pentecostés, que marcaba el fin de la recolección y en la que se hacía a Dios la ofrenda de los primeros panes. A



La Piedad. Miguel Ángel Buonarroti. 1499. Basílica de San Pedro, Roma

esta primera tradición, la religión judía añadió después la conmemoración de la Ley de Moisés en el Sinaí. En la Última Cena, el Señor Jesús dijo a sus discípulos: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (Jn 14, 15-16). En Pentecostés, el Espíritu Santo se manifiesta como fuego, una llama que arde, pero no quema ni destruye, que habla todas las lenguas y une a todos los hombre en la verdad y el amor: hombres de Oriente y Occidente; de Asia, África y Europa; judíos, árabes, romanos...El Espíritu Santo es nuestra guía, y guía a la Iglesia. El Papa León XIII firmó en 1897 su encíclica *Divinum illud* sobre las íntimas y admirables relaciones entre María y el Espíritu Santo.

IV. AMOR, VERDAD, BELLEZA Y ESPERANZA



La *Verdad*, el *Amor* y la *Belleza* representan para todos los hombres potencias reales y constituyen un trío de virtudes inviolables, que conllevan felicidad terrena y eterna y acabarán imponiendo su ley contra viento y marea. Este fue esencialmente el esperanzador mensaje de Jesucristo que nos narran los apóstoles y evangelistas. Jesús predicó siempre con naturalidad, valentía y firmeza el amor al prójimo, incluso a los enemigos, y mostró abierta y generosamente con su vida, y muy repetidas veces con su palabra, su incondicional defensa de la verdad, así como su enérgica condena de la mentira, llegando a afirmar que Él mismo era la Verdad (Jn 14,6). Todos tenemos que luchar a brazo partido y en conciencia contra el engaño y evitar seguir caminos equivocados o limitados. La verdad inherente al cristianismo —la religión ciertamente inefable y arrebatadora que Él nos enseñó y con la que comienza nuestra era— es que *Jesucristo, Hijo unigénito de Dios y engendrado en María Virgen por el Espíritu Santo, murió crucificado y resucitó al tercer día*. ¿Es esta verdad también la Verdad universal, de toda la Humanidad, no sólo de los cristianos? En la *Verdad* no caben limitaciones, errores ni falsedades.

Pedro —el discípulo escogido por Jesucristo para ser la piedra sobre la que edificar su Iglesia (Mt 16,18-19), testigo fidedigno de su Resurrección (Hch 120-22) y confesor por tres veces y hasta la muerte de su amor incondicional a Jesús resucitado (Jn 21,15-19)— inicia plácida y confiadamente su primera epístola con el sobrenatural fundamento de la *Esperanza* eterna en el Señor: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia y por la resurrección de Jesucristo nos ha hecho renacer a una vida de esperanza» (1 Pe 1,3). El apóstol que lloró amargamente su vergonzosa triple negación prosigue después con nobles y sabios consejos: «Despojaos por tanto de toda maldad y de todo engaño, de hipocresías, envidias y de toda maledicencia» (1 Pe 2,1) y nos presenta la grandeza humana del Maestro: «Cristo no cometió pecado alguno ni se halló dolo en su boca» (1 Pe 2,22). El primer Vicario de Cristo retoma al final de su enjundiosa carta la misma idea inicial sobre la esperanza cristiana y nos aconseja con premeditada delicadeza: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere, pero hacedlo con mansedumbre, respeto y en buena conciencia» (1 Pe 3,15). La Iglesia propone amorosamente, pero sin imponerlas autoritariamente a nadie, las verdades de la Buena Nueva del Evangelio.

La Resurrección de Jesucristo es la esperanza del mundo ante el hecho trágico e inevitable de la muerte, que a nadie ofrece alternativa alguna. Desde aquel glorioso Domingo de Pascua, los cristianos ofrecemos un testimonio que honestamente creemos fiable más que falible y proclamamos públicamente con bienintencionada voluntad la razón de nuestra esperanza en la vida eterna: Que el Hijo de Dios, que

vive en su seno desde el principio, se encarnó en Nazaret por obra del Espíritu Santo en la Virgen María, nació en Belén en tiempo de Herodes, fue crucificado en Jerusalén en el Calvario y enterrado en el sepulcro, del que resucitó al tercer día. Por otro lado, como hombres realistas y conscientes, los cristianos sabemos que la Esperanza solo se puede basar en el Amor y la Verdad.

Al finalizar su vida, Pedro fue, al mismo tiempo que hombre de carácter noble y apacible, duro como una roca y claro como el cristal al dar fielmente razón con su martirio de nuestra esperanza: «No fue siguiendo fábulas fantásticas como os dimos a conocer el poder y la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su grandeza» (2 Pe 1,16). «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,32).

Como constataron en su día el Ángel a José y a María (Mt 1,20; Lc 1,30-35); María al Ángel (Lc 1,38); Jesús a Marta (Jn 11,25-27); María Magdalena a los discípulos del Señor resucitado (Jn 20,18); Jesús resucitado a Tomás (Jn 20,24-29); y Pedro, Santiago y Juan a sus coetáneos ¿podremos también nosotros convencer con buenas razones y sin dejar lugar a dudas a los hombres de nuestro tiempo, a todos cuántos de buena fe nos pidan razón de nuestra esperanza, empezando por nosotros mismos, que fueron verdad sus testimonios? En concreto, los dos hechos clave que proclama como verdades incuestionables la Iglesia: la *Encarnación* y la *Resurrección del Hijo de Dios*. Tengo la firme esperanza de que, si estos acontecimientos fueron de hecho verdad, todos los hombres quedaremos finalmente convencidos de su bondad y realidad histórica y podremos hacer con Tomás —después de la de María a Gabriel: «Hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38)— la más hermosa confesión de reconocimiento y entrega del Nuevo Testamento: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). Esta es mi ferviente y constante oración llena de fe y confianza a María Madre de Dios al rezar el Ángelus y los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos del Rosario: Que —como a los pastores de Belén, a Bernardette y a los niños de Fátima, pues todos somos hijos suyos— nos confirme que lo que conmemoramos e imploramos en estos misterios es verdad indudable e indiscutible y esperanza viva de vida eterna para todos.

Pedro y los hermanos Santiago y Juan —los “hijos del trueno”— fueron los apóstoles más cercanos y queridos de Jesucristo y, según nos revelan casi con las mismas palabras Mateo, Marcos y Lucas en sus evangelios, los testigos que contemplaron la *Transfiguración* gloriosa de su Maestro en la cima del Monte Tabor revestido de resplandeciente belleza (Mt 17,1-13; Mc 9,1-9 y Lc 9,28-36). Pedro, Santiago y Juan son, respectivamente, los apóstoles de las tres virtudes teológicas que nos llevan a Dios: *fe, esperanza y caridad*.

Juan subrayó con caridad y claridad el principal mandamiento que Jesús dio a sus apóstoles en la Última Cena: «Este es mi precepto, que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12). Jesús, después de asegurar que Él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6) y que «ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37), pide para sus discípulos en su oración al Padre que los santifique en la verdad: «Santifícalos en la verdad, pues tu palabra es verdad» (Jn 17,17). San Juan proclamó en su primera epístola que «Dios nos dio la inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios, que es Jesucristo» (1 Jn 5,20) y que Dios es *luz* y *amor*, recalcando que el amor de Dios se manifestó en que envió al mundo a su Hijo unigénito por amor a los hombres. El evangelista no se anduvo con chiquitas al decirnos sin remilgos cómo tenemos que amar: «No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad» (1 Jn 3,18).



Resurrección. Doménicos Theotocópoulos, “el Greco”. 1596-1600. Museo del Prado, Madrid

El actual Sucesor de Pedro, el Papa teólogo Benedicto XVI, ha escrito en su libro *Jesús de Nazaret*: «Sobre todo, confío en los Evangelios» y ha proclamado repetida y públicamente sin rodeos: «Necesitamos a Dios... necesitamos la Verdad... la Verdad sin componendas». Hace sólo unos meses, con motivo de su visita a Fátima, ha declarado en el centro cultural de Belém: «La Iglesia tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia a favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación... La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad (cf. Jn 8,32) y de la posibilidad de un desarrollo humano integral. Por eso, la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifieste. Para la Iglesia, esta misión de verdad es irrenunciable». Benedicto XVI reiteró en su mensaje que «la Iglesia considera su misión prioritaria mantener despierta la búsqueda de la verdad... su firme adhesión al carácter perenne de la verdad». ¡Qué gran confianza en su misión como Vicario de Cristo transmitir pacíficamente con razón y fe la verdad del Evangelio!

Su antecesor, el intelectual Pablo VI, se había también enfrentado confiada y abiertamente con la misma cuestión vital: «El cristiano no rechaza nunca la verdad», valoración aceptada por el Diccionario de la Lengua Española en los siguientes términos: “a ley de cristiano asegura la verdad de lo que se dice”. La verdad del cristiano tiene el aval de Dios. Ningún cristiano puede creer en la mentira. Los cristianos no podemos engañar nunca y debemos evitar ser engañados. La verdad del hombre es conocer y amar; nos hace libres y nos permite elegir libremente en la vida el verdadero camino del conocimiento y del bien. Por eso es tan necesario, tan indispensable, saber qué es verdad y qué es bueno, para seguir fielmente estos ideales. Efectivamente, es terrible vivir sin amor, condicionados y esclavizados por la mentira, por lo que no es verdad; y vivir atemorizados por el mal, por lo que no es bueno. No hay nada que una más, ni más bella y noblemente y con más fidelidad a los hombres, que la Verdad, el Bien y la Belleza. Estoy convencido que estos ideales acabarán uniendo sin recelos a toda la Humanidad.

Los hombres necesitamos saber a qué atenernos, cuáles son las reglas del juego, cuál es el verdadero camino en la vida. Debemos y podemos aspirar a saber con certeza la Verdad, y deseamos firmemente no equivocarnos y creer solo lo que es verdad, conscientes de que en tanto creemos todavía no sabemos, y que hay que seguir buscando incansablemente la Verdad con fe. En principio es razonable confiar con esperanza en Dios, cuya existencia es evidente para muchos, científicos y no científicos, aunque otros duden o lo nieguen; buscar crítica y afanosamente con honestidad y humildad la Verdad, en unión con todos los hombres de todas las creencias e ideologías, excepto de las que van contra los derechos humanos; practicar el Bien con amor y generosidad; trabajar con ilusión y convicción, y disfrutar de la Belleza con complacencia y alegría. Hay que tener fe, pero ¡cuidado! solo se puede

creer a los que dicen la verdad; nunca a los que se engañan, nos engañan o mienten. Este es a mi modo de ver el verdadero fundamento de la *Fe* pura y simple, y así hay que escribirlo con letras de oro: *Creer sólo la verdad y rechazar siempre la mentira*. Si no, sería una “fe vana”, como alertaba San Pablo a propósito de la Resurrección del Señor, y los creyentes seríamos “los más miserables de todos los hombres” (1 Cor 15,12-22). Los misterios verdaderos, los que son verdad, los que constata la ciencia, hay que analizarlos en su fundamento y creerlos cuando acreditan con razones incontrovertibles que son tales, como pedía Pedro en su primera epístola e insistentemente en nuestro tiempo Benedicto XVI, o con evidencia científica, como exige la ciencia; es más, no solo creerlos, sino aceptarlos y reconocerlos como ciertos y esenciales y proclamarlos públicamente.

La fe en las exactas, luminosas e incuestionables *leyes de la naturaleza* —ya descubiertas o todavía por descubrir o explicar— así como en la *ley natural* son necesarias e indiscutibles y nos llevan a Dios. Como hombres dotados de *inteligencia* y *conciencia* tenemos la obligación moral de defender a raja tabla la verdad y de exponerla universalmente con convicción y por encima de todo: de nuestros propios intereses, ideologías y creencias, estudiando con rigor la historia del universo y del hombre y combatiendo a fondo y cortando de raíz todas las interpretaciones y extrapolaciones erróneas y falsas, así como las desviaciones, deformaciones, supersticiones, aberraciones y fanatismos que tanto desorientan y descarrían al género humano. Creo que con el esfuerzo y la buena voluntad de todos los hombres podremos salir del “conflicto” en que vivimos y que el Papa Benedicto XVI ha llamado “crisis de la verdad”. ¡Hay que ponerle cuanto antes el cascabel al gato y cantarlas claras!

Plantearse el futuro definitivo da sentido pleno a la existencia humana y nos abre horizontes ilimitados. Comentando el pasaje del Evangelio de San Juan sobre la alegría y felicidad sin fin de la vida eterna (Jn 16,22) San Agustín nos hizo sentir estas aspiraciones en una de sus homilías: «Deseamos juntos la patria celeste, suspiramos por la patria celeste, sintámonos peregrinos aquí abajo». Fray Luis de León —fraile agustino universal que estuvo cinco años encerrado en la prisión en que sus enemigos le pusieron a prueba— nos transmitió la siguiente reflexión: «Que sí es cierto que el poco saber nos pone a prueba, el mucho, si se alcanza, a Dios nos lleva». De él es también esta frase: «No hay cosa más cerca ni más lejos, más encubierta y más descubierta, que Dios». Ansioso de ver a Dios, fray Luis escribió una hermosa y esperanzadora oda que dedicó a Felipe Ruiz:

*¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo
y contemplar la verdad pura sin velo?*

*Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.*

*Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo.*

*Quien rige las estrellas
veré, y quien las enciende con hermosas
y eficaces centellas.*

*Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz do se mantiene.*



La Ascensión. Rembrandt. 1636. Alte Pinakothek, Munich

Como cristiano que cree sincera y confiadamente en la verdad del Evangelio —“verdad indiscutible”, según el Diccionario de la Lengua Española— y en las enseñanzas de la Iglesia, y como científico que sabe del rigor experimental y de la espléndida solidez de la Ciencia, tengo la convicción profunda de que solo debemos usar la expresión *sabemos* cuando tenemos certeza absoluta de lo que afirmamos; si por el contrario dudamos, estamos moralmente obligados a proclamar con humildad que *creemos*, pero subrayando con claridad que no sabemos, aunque creamos con esperanza. Así lo hacemos con devoción, admiración y gratitud cuando rezamos el *Credo*. El que verdaderamente ama la Verdad, la acepta siempre noblemente y de buen grado, por doloroso que pueda serle, cuando se demuestra que está equivocado en lo que cree, y se siente reconfortado y fortalecido cuando la evidencia reafirma sus creencias. ¿Cabe mayor amor a la verdad? La vida es de por sí muy complicada y laberíntica, y de ninguna manera se puede enmarañar, oscurecer ni degradar más a base de enredos, confusiones y mentiras.

San Ambrosio —“el padre de la teología mariana”, arzobispo de Milán y Padre y Doctor de la Iglesia que convirtió a San Agustín— enfatizó: «La naturaleza es la mejor maestra de la verdad», y la ciencia ha corroborado el acierto de tan revelador aserto. San Agustín escribió: «Sin vacilaciones creo y afirmo que por sus oraciones —las de su madre, Santa Mónica— Dios me concedió la intención de no anteponer, no querer, no pensar, no amar otra cosa que la consecuencia de la verdad». El mismo San Agustín hizo notar que «negar la verdad es el adulterio del corazón». Entre los consejos de San Agustín a los lectores de las Sagradas Escrituras hay uno que creo merece ser destacado especialmente en mi Pregón dedicado a la llena de Gracia y sin pecado: «Por las sentencias ciertas resolver las dudas de las dudosas». En cualquier caso, no es bueno enredarse en discusiones bizantinas ni afeitar huevos cuando se tratan temas de vital importancia y trascendencia. En cuestiones fundamentales no caben las medias verdades.

Hay una frase del Papa San Gregorio Magno, también Padre y Doctor de la Iglesia —a cuya apología dedicó varios tratados— y gran amigo de San Leandro de Sevilla, que comparto totalmente dada mi obsesión por la verdad: «Si la verdad escandaliza, dejemos que se produzca el escándalo antes que renunciar a la verdad». Este gran Papa y monje benedictino de la Baja Edad Media, “servidor de los siervos de Dios” (*Servus servorum Dei*) y reformador del canto coral, habló de la Bienaventurada Virgen María como templo preparado en su santo seno para que en él se alojara el Hijo unigénito de Dios. Su devoción a María quedó patente para los españoles cuando regaló a San Leandro la imagen de ébano procedente de Bizancio de la Virgen de Guadalupe, Patrona de Extremadura, que se venera en el monasterio extremeño construido como una modesta capilla después de la invasión musulmana y mandado reconstruir como un gran templo mudéjar en el siglo XIV por Alfonso XI tras la victoria del Salado. El templo, que estuvo a cargo de los jerónimos hasta la exclaustación en 1835 y después de los franciscanos, fue declarado monumento nacional en 1879.

El famoso escritor ruso Fiódor Dostoievski, autor de la novela *Los hermanos Karamazov*, que consideraba como su obra maestra, decía que «el mundo será salvado por la belleza». Desde casi sus inicios la Iglesia ha considerado a la Bienaventurada Virgen María, la *llena de gracia*, como la “toda hermosa” (*Tota Pulchra*), y así lo canta en las vísperas de la *Inmaculada Concepción*. Ella es para los católicos «la más hermosa entre todas las mujeres, la amada del Señor, en quien no hay tacha ninguna», como canta poéticamente *El Cantar de los Cantares*. La perfección espiritual que resplandece en el alma de María, la belleza sin par de sus virtudes, su pureza virginal, su santidad, no tienen igual en la historia de la humanidad. En la primavera dedicamos a la Virgen Inmaculada el “Mes de María”, el mes de las flores, y en la letanía escogemos para Ella el nombre de la flor más espiritual y excelsa: *Rosa mystica*. Cuando yo era niño, las madres rezaban con sus hijos a María una oración dulcísima, llena de veneración, entrega y esperanza:

*Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza.
A Ti, celestial princesa, Virgen sagrada María,
yo te ofrezco en este día alma, vida y corazón.
¡Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía!*

El camino de la belleza (*via pulchritudinis*) nos lleva al encuentro con Dios, que derramó en María toda la gracia que podía adornar a la Madre de su Hijo. El fervor mariano del poeta alicantino Miguel Hernández, pastor de cabras enraizado en la tierra agreste, se manifestó en tres sonetos a María Santísima: *En el misterio de la Encarnación*, *En el de la Asunción* y *En toda su hermosura*. El dedicado *A María Santísima (En toda su hermosura)* empieza «¡Oh, elegida por Dios antes que nada!» y presenta a la Virgen como «la más hermosa flor del campo, nieta de Adán, trillo es tu pie de la serpiente lista». El Papa Juan Pablo II nos recordó en su *Carta a los artistas* que «la belleza es la clave privilegiada para el encuentro con Dios».

V. CONCEPCIÓN, MATERNIDAD Y ASUNCIÓN DE MARÍA



Las referencias a María en las obras y cartas de San Ignacio de Antioquia —Padre apostólico que vivió a finales del siglo I y principios del II y fue martirizado en Roma en tiempos del emperador Trajano— tienen altísimo valor, pues convivió con algunos de los discípulos directos de Jesús: «Jesucristo nuestro Señor... nuestro Dios, el Unigénito, fue llevado por María en su seno..., fue engendrado, sin embargo, por obra del Espíritu Santo». San Justino, el apologeta de Palestina, mártir en Roma hacia mediados del siglo II, escribió: «Jesús nació de la virgen como hombre... María concibió fe y gozo cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, por lo que lo nacido de ella sería Santo, Hijo de Dios». También San Ireneo —oriundo de Asia Menor, obispo de Lyon y llamado “fundador de la teología cristiana”, que vivió a lo largo del siglo II— fue defensor de la Encarnación del Hijo de Dios en María frente a las herejías de su tiempo.

El primer defensor de la consustancialidad del Padre y del Hijo y de la Encarnación del Verbo en María fue el exégeta del siglo IV San Atanasio, Patriarca de Alejandría, Padre y Doctor de la Iglesia y gran amigo de Osio, obispo de Córdoba, y de San Antonio Abad, Patriarca de la vida monástica de Oriente. San Atanasio tuvo una vida azarosa en una época crítica en la historia de la Iglesia y contribuyó poderosamente en el Concilio de Nicea, celebrado el año 325, a las definiciones antes citadas y a la condenación de la doctrina predicada por el sacerdote herejarca griego Arrio de que el Verbo era la primera criatura de Dios, por quien había sido creado. La obra apologética de San Atanasio es capital en la historia del dogma, y sus conocimientos de la Escritura y sólidas convicciones le ganaron la admiración de la posteridad.

San Jerónimo, igualmente Padre y Doctor de la Iglesia, que vivió en la segunda mitad del siglo IV y primer cuarto del siglo V, fue otro de los exégetas por antonomasia de la Iglesia. De amplios conocimientos del idioma hebreo y del lenguaje bíblico, tradujo al latín la Sagrada Escritura en la versión conocida como la *Vulgata*, autorizada por el Concilio de Trento en la Contrarreforma. En su tratado sobre la *Virginidad perpetua de María* presenta a San José como un hombre de bien, laborioso y lleno de humanidad, que aceptó con amor y humildad la virginidad de María para que naciera de ella el Hijo de Dios. San Jerónimo se estableció primero como eremita en el desierto de Oriente y después, al volver de nuevo a Tierra Santa,



Pentecostés. Anthony van Dyck. 1618-20. Museo Staatliche, Berlín

en Belén, donde se consagró a la erudición y al ascetismo y murió el año 420. San Jerónimo es uno de los santos más representados en el arte occidental durante la Baja Edad Media y sobre todo en el Renacimiento y el Barroco.

El año 431 comenzó el Concilio de Éfeso, tercer concilio ecuménico después de los de Nicea y Constantinopla (381). De estos dos primeros Concilios había salido el *Credo* niceno-constantinopolitano, más complejo y detallado que el de los apóstoles y símbolo común de todas las grandes religiones de Oriente y Occidente. Para evitar futuras disensiones, el Concilio de Éfeso condenó las ideas defendidas por Nestorio, Patriarca de Constantinopla, y definió que el Verbo, Hijo del Padre, fue engendrado, no creado, y se encarnó en el seno de María Virgen por obra del Espíritu Santo. Los padres conciliares llamaron a María *Theotókos*, en griego *Madre de Dios*. Los obispos y Padres de la Iglesia, entre ellos San Pedro Crisólogo, aceptaron con beneplácito la decisión de Éfeso, que fue acogida también con júbilo por los fieles cristianos. La unidad de la fe, si bien no resuelta definitivamente, reinaba de nuevo en la Iglesia. La maternidad divina de María es la base teológica de toda la mariología. El Papa San Sixto III se mostró conciliador con los nestorianos y ordenó reconstruir la basílica de Santa María la Mayor, situada en la colina del Esquilino de Roma, para conmemorar el recién celebrado Concilio de Éfeso. A mediados del siglo V, San León

I Magno, Doctor de la Iglesia y Papa, defendió a Italia de Atila, que amenazaba a la misma Roma. Moralista, más que teólogo o filósofo, intervino sin embargo en la disputa nestoriana y condenó sus errores. En nuestro tiempo, el Papa Pío XI publicó la encíclica *Lux veritatis* con motivo del XV centenario del Concilio de Éfeso, que proclamó la divina maternidad de María.

San Benito, Patriarca de los monjes de Occidente, fue fundador en el siglo VI de la orden benedictina. Proclamado Patrono de Europa por el Papa Pablo VI en Montecassino, todas las reformas de la Orden (Cluny, Cister, Trapa) se han presentado como un regreso a la tradición benedictina auténtica. El Papa benedictino Bonifacio IV recibió del emperador Forcas el Panteón construido por Agripa en honor de Augusto y los dioses y lo transformó el año 610 en iglesia consagrada a la Madre de Dios y los Santos. San Isidoro de Sevilla escribió en una de sus múltiples obras: «María (que significa Señora e Iluminadora)... recibió el saludo del ángel y conoció el misterio inefable de la Concepción». En el siglo VII, el gran defensor de la virginidad de María fue San Ildefonso, arzobispo de Toledo y discípulo de San Isidoro. Según la tradición, la Virgen se le apareció y le hizo ofrenda de una casulla. La imposición de la casulla a San Ildefonso ha sido representada por los más grandes pintores (El Greco, Velázquez, Murillo, Rubens...). El Papa San León III, que coronó emperador a Carlomagno, confesó en su “Símbolo de la fe ortodoxa” que «el mismo Hijo de Dios, Verbo eternamente nacido del Padre, consustancial en todas las cosas con el Padre, y en el tiempo nació del Espíritu Santo y de María virgen, teniendo dos nacimientos: uno, eterno del Padre; otro, temporal de la Madre».

Uno de los hombres más cultos del siglo XI, considerado el primer filósofo escolástico de la teología cristiana y conocido como “Doctor magnífico”, fue San Anselmo, abad benedictino y arzobispo de Canterbury. San Anselmo, Doctor de la Iglesia, fervoroso devoto mariano y defensor de la concepción virginal de María, tuvo una visión universal de la Iglesia y subrayó la necesidad de creer para comprender, pero haciendo hincapié en que debe procurarse entender lo que se cree: «I believe that I may understand... Unless I first believe, I shall not understand». Otro de los más importantes hombres de la Europa del siglo XII fue San Bernardo, Doctor de la Iglesia y gran impulsor como abad de la orden cisterciense. Teólogo contemplativo y escritor místico, destacó particularmente como cantor de las excelencias de la Virgen María. Se le conoce como “Doctor melifluo” y a él se deben las últimas palabras de la Salve: «Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María». En *Las Grandezas de María*, San Bernardo alabó a José, esposo de María, como hombre bueno, fiel y prudente, que «reconociendo virgen a su Señora, Madre de su Señor, la guardó fidelísimamente». También alabó a Isabel, su prima, por engrandecer a la bienaventurada Madre del Señor. En el siglo XV, San Bernardino de Siena, predicador franciscano, añadiría a las consideraciones de San Jerónimo y de San Bernardo que la Iglesia entera debe un agradecimiento y

una veneración singular a San José, después de a la Virgen María. El Beato Pío IX proclamó a San José Patrono de la Iglesia universal en 1870 y León XIII instituyó en 1893 la conmemoración litúrgica de la Sagrada Familia.

San Buenaventura, llamado *Doctor seraphicus* por su misticismo, ocupa uno de los primeros puestos entre los teólogos del siglo XIII. Nació en Toscana y fue a París, donde enseñó filosofía y teología. Obispo, cardenal y general de los franciscanos, fue canonizado por el Papa Sixto IV. Otro de los más famosos filósofos y teólogos de la Alta Edad Media fue el Beato franciscano escocés Duns Scoto, apodado *Doctor subtilis* por su pensamiento penetrante y sutil, marcado por la inspiración agustiniana que suele caracterizar a los franciscanos. Vivió a finales del siglo XIII y comienzos del XIV y enseñó en Oxford, Cambridge, París



Inmaculada, (La Cieguecita). Juan Martínez Montañés. 1629-1631. Catedral de Sevilla

y Colonia. Quizás su fama se debe en buena parte a la defensa de la Inmaculada Concepción, basada en el argumento de San Anselmo de Canterbury: *potuit, deuit, ergo fecit*, es decir, «Dios lo pudo hacer, convenía que lo hiciese, luego lo hizo», utilizado después por el Papa Pío IX al definir el dogma.

Las universidades de París, Oxford y Cambridge se comprometieron en 1340 a defender la Concepción Inmaculada. La devoción a la Inmaculada tuvo su origen hacia el siglo V en la Iglesia de Oriente, y San Ildefonso estableció su fiesta en España en el siglo VII, celebrándose en el reino visigodo como una de las grandes solemnidades. En el siglo X, diversas Iglesias de Europa celebraban la fiesta de la Concepción de Santa María Virgen, llamada con el sobrenombre de “la Antigua”. Los cistercienses defendieron el misterio de la Inmaculada en el siglo XII, y desde el siglo XIII su fiesta se reincorporó a la liturgia, conmemorándose el 8 de diciembre.

En el siglo XIII, la devoción mariana estaba en auge, no solo entre monjes y clérigos, sino también entre juglares, trovadores, caballeros, nobles y reyes. El rey San Fernando trajo a Sevilla la devoción a la Virgen de los Reyes. Su hijo Alfonso X el Sabio, muy ligado también a la historia de Sevilla y de Carmona y fundador del Puerto de Santa María, fue asimismo muy devoto de Nuestra Señora y dedicó en lengua galaico-portuguesa a la “Santa Dama” el cancionero de *Las Cantigas*, un conjunto de más de cuatrocientas composiciones en su honor de gran importancia histórica, literaria, pictórica y musical; la mayoría relatando milagros atribuidos a su intervención. El rey Alfonso, que habla del “avemaría” diciendo que «es loor que le place mucho», dedicó la más hermosa y grandiosa iglesia de Triana a Santa Ana, la madre de la Virgen, por haberle curado del “mal de ojo”. En la *Divina Comedia* —escrita por Dante a comienzos del siglo XIV y considerada como el poema central de la literatura italiana y obra maestra de la literatura mundial— el poeta florentino tributa a María en el *Canto del Paraíso* el supremo elogio de que «tiene el rostro que más se parece a Cristo» y dedica a la *Figlia del suo Figlio* los siguientes tercetos de enorme belleza:

*¡Oh Virgen Madre, oh Hija de tu Hijo,
alta y humilde más que otra criatura,
término fijo de la eterna voluntad.*

*Tú eres quien hizo a la humana natura
tan noble, que su autor no desdeñara
convertirse a sí mismo en su creación.*

Es también de Dante —del sabio que sabe que no sabe— la sentencia de gran densidad teológica «vale tanto el dudar como el saber».

El infante don Pedro de Aragón (Pedro IV el Ceremonioso) fundó la Real Cofradía de la Inmaculada en 1333, y su sucesor Juan I publicó un edicto ordenando que se celebrara en su reino la fiesta de la Inmaculada. Las Cortes Catalanas, reunidas en 1456, piden al Rey que «nadie... en este Principado de Cataluña sea osado... de sostener que la gloriosísima Virgen fuese concebida en pecado original». Sixto IV, Papa franciscano, mecenas y humanista, encargó la construcción de la Capilla Sixtina, que dedicó a la Virgen, y llamó a Botticelli para decorarla con sus frescos. Sixto IV fue el primer Papa que tomó una posición oficial decidida acerca del misterio de la Inmaculada Concepción, extendiendo en 1476 la fiesta a toda la Iglesia y reprobando y condenando mediante la constitución *Grave nimis* a los que niegan que la Virgen fue concebida sin mancha. El Papa Julio II, hombre de acción y también gran mecenas del arte cristiano y devoto de María Inmaculada, inició a comienzos del siglo XVI la basílica de San Pedro y contó para sus grandes obras en el Vaticano con Miguel Ángel y Rafael.

El fervor inmaculista había pasado con los Reyes Católicos de Aragón a Castilla y Andalucía. Santa Beatriz de Silva fundó en Toledo a finales del siglo XV, con la ayuda de Isabel la Católica y de los franciscanos, encabezados por el cardenal Cisneros, la Orden de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Cuando el Papa Pablo VI presidió la ceremonia de canonización de Santa Beatriz destacó su espíritu y devoción a María Inmaculada, nota distintiva de su orden, en un momento en que este tema era objeto de vivo debate teológico antes de su declaración dogmática. Una bula de Alejandro VI, el Papa Borja, alabó el entusiasmo con que celebraban en Sevilla y otras ciudades españolas la fiesta de la Concepción. La Universidad de París hizo el *juramento inmaculista* en 1496, y las de Valencia, Sevilla y Salamanca lo ratificaron en 1530, 1617 y 1618, respectivamente.

En el concilio de Sevilla de 1512, presidido por el arzobispo Fray Diego de Deza —teólogo dominico no afecto al misterio de la Inmaculada Concepción— se señalan entre las fiestas de guardar las cinco de Nuestra Señora: Purificación, Anunciación, Asunción, Natividad y Concepción. Durante el siglo XVI aparecieron numerosas hermandades y cofradías con la advocación de la Purísima Concepción en Sevilla y otras ciudades de América. El Concilio de Trento declaró el año 1546 que «no es intención suya incluir en el decreto que trata del pecado original a la bienaventurada e inmaculada Virgen María Madre de Dios, sino que se han de observar las constituciones del Papa Sixto IV». El Papa Pablo IV, que suspendió el Concilio, defendió la maternidad divina de María en la constitución *Cum quorundam*. En los años que siguieron a la clausura del Concilio de Trento, San



La Asunción de María. Pedro Pablo Rubens. 1620-22. Mauritshuis, La Haya

Felipe Neri, florentino conocido por su caridad y devoción a la Virgen y fundador de la Congregación del Oratorio (filipenses), se convirtió en el apóstol de Roma. San Pío V, dominico y reformador de la Iglesia, renovó las disposiciones de Sixto IV y publicó la constitución *Super speculum Domini*, en cuya introducción recoge el escándalo producido por las controversias entre partidarios y contrarios a la doctrina de la Inmaculada Concepción. Años más tarde, en la bula *Ex omnibus afflictionibus* condenó a quienes afirman que la bienaventurada Virgen María tuvo pecado original y que nadie, fuera de Cristo, está sin pecado original. Los hombres, incluso los más capaces y de más clara inteligencia y recta conciencia, son fiables, pero también falibles.

La conmoción inmaculista que estalló en Sevilla durante el reinado de Felipe III comenzó siendo arzobispo de su sede don Pedro de Castro, muy devoto de este misterio, con motivo de un sermón pronunciado en el convento dominico de Regina en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. En la causa inmaculista jugaron un papel importante el arcediano de Carmona Mateo Vázquez de Leca y el Padre Bernardo de Toro, que fueron enviados a Roma en embajada especial para

promover la defensa de la definición de la doctrina de la Concepción Inmaculada. Felipe III murió en 1621, y su hijo Felipe IV continuó la causa de la Inmaculada. En noviembre de 1622, el Papa Gregorio XV, gran protector de los escolapios, envió un breve al pueblo de Sevilla ante el gozo manifestado por los sevillanos al conocer el decreto que el mismo Papa había promulgado en mayo-junio de ese año prohibiendo enseñar, aun privadamente, la sentencia contraria a la Inmaculada Concepción de María. En el breve de noviembre les dice: «Vosotros mostráis que habéis aprendido muy bien la ciencia de la salvación cuando públicamente manifestáis que os hemos hecho un favor con el decreto apostólico por el que, poco ha, quisimos acabar con las disensiones de los teólogos y mirar por la dignidad de la Reina celestial».

El Papa Alejandro VII firmó en 1661 la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, que reafirmó las constituciones de sus predecesores (Sixto IV, San Pío V y Gregorio XV). Sin llegar a la definición dogmática, fue el último paso previo y dejó definitivamente claro que la creencia de la Iglesia es que la Virgen María fue concebida sin pecado original. La bula llegó a España en 1662 y fue anunciada en Sevilla con tres repiques de la Giralda. Fue año de grandes celebraciones de acción de gracias, que culminaron con la terminación de las obras del templo del Sagrario, tres años antes de la muerte del rey Felipe IV. Mediante un breve, Alejandro VII concedió a la Iglesia de España poder decir Misa y Oficio de la Inmaculada con formulario especial. A este Papa, gran amigo de las artes y protector de Bernini, se debe la construcción de la columnata de la plaza de San Pedro.

Clemente XI publicó en 1708 la bula *Commissi nobis* y mandó que «en todas partes y por todos» sea guardada como fiesta de precepto la de la Inmaculada Concepción de María. Benedicto XIV publicó en 1748 la bula *Gloriosae Dominae*, que se llama “bula aurea”, ponderando el culto de la gloriosa Madre del Señor. En 1760, a petición de Carlos III, el Papa Clemente XIII —protector de los jesuitas contra la presión de los Borbones— proclamó en la bula *Quantum ornamenti* a la Inmaculada Patrona de España, de las Indias y de todos sus reinos. A lo largo de ese Año Mariano se unieron al “juramento inmaculista” gran cantidad de instituciones académicas, civiles y religiosas. Ocho años más tarde, también a petición del propio rey, Clemente XIII, en su breve *Eximiae pietatis*, introdujo la invocación *Mater Immaculata* en las letanía lauretanas. Estas letanías, relativas a Nuestra Señora de Loreto, que suelen recitarse al término del rezo del rosario, fueron definitivamente aprobadas a principios del siglo XIX por el Papa Pío VII y constituyen el conjunto más popular de alabanzas e invocaciones a la Virgen. Desde hace ocho siglos, Nuestra Señora de Loreto es el santuario más famoso de Italia; según la tradición, en él se conserva parte de la Casa de Nazaret donde vivió la Virgen María y se encarnó el Hijo de Dios en sus entrañas virginales.

Hace más de siglo y medio Pío IX —que ha pasado a la Historia como el “Papa de la Inmaculada”— proclamó solemnemente, rodeado de un imponente número de cardenales y obispos, que «la Virgen María fue preservada del pecado original desde su Concepción». Por diversas y cruciales razones teológicas y científicas es importante subrayar esta fecha y los términos de la definición de este dogma, pues también por entonces Darwin y Mendel formularon con sólida base experimental las teorías de la evolución biológica y de la herencia, de tantísima repercusión no solo en la ciencia sino en la teología. Hay que enfatizar que la teología y la ciencia tienen que potenciarse y nunca ignorarse mutuamente. Es por ello conveniente traer a colación las puntualizaciones de dos de los más grandes representantes de nuestro mundo contemporáneo sobre las relaciones entre *ciencia y religión*. A la reflexión de Einstein de que «la ciencia sin religión es coja, y la religión sin ciencia, ciega», añadió oportunamente el Sumo Pontífice Juan Pablo II que «la ciencia puede purificar la religión del error y la superstición, mientras que la religión puede purificar la ciencia de la idolatría y absolutos falsos».

El optimista Papa Pío IX hizo realidad el 8 de diciembre de 1854 lo que todos los católicos del mundo, y los españoles y sevillanos de un modo singular, habían pedido con constancia y esperado con fe: la definición del *dogma* de la *Inmaculada Concepción de Santa María Virgen*. Ese día de gran fiesta, Pío IX publicó la carta apostólica *Ineffabilis Deus*: «Para gloria y prez de la Virgen Madre de Dios... declaramos, afirmamos y definimos que ha sido revelada por Dios, y por consiguiente que debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su Concepción por singular gracia y privilegio de Dios Todopoderoso, en vista de los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano».

Desde el balcón de la embajada española en Roma, Pío IX bendijo e inauguró en 1857 el monumento a la Inmaculada Concepción erigido en la plaza de España de la ciudad eterna, subrayando en su discurso que «ciertamente la nación española ha sido en todos los tiempos la que se ha distinguido en la defensa de tan augusto misterio». Sevilla hubo de esperar hasta 1918 para levantar su monumento, muchos años después de que Roma y otras ciudades le hubieran dedicado el suyo. Pero desde entonces, la estatua de la Inmaculada de Murillo en la Plaza del Triunfo, esculpida por el artista de Marchena Lorenzo Coullaut-Valera, es una de las más hermosas que adornan y embellecen nuestra ciudad. El Beato Pío IX fue el Papa de reinado más largo en la historia de la Iglesia (treinta y dos años) y durante su pontificado convocó el Concilio Vaticano I, que definió la infalibilidad papal. San Pío X, que profesó profunda devoción a la Virgen María, publicó en el cincuentenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción la encíclica *Ad diem illum*, subrayando que «no hay camino más seguro ni más fácil que María por donde los hombres pueden llegar hasta Jesucristo». Medio siglo más tarde, Pío XII recordó

en la encíclica *Mirabile illud* que «en la medianoche que da comienzo la festividad de la Inmaculada Virgen María, Nos celebraremos el sacrificio eucarístico... y que por mediación del poderosísimo patrocinio de la Virgen Madre de Dios, libre de toda mancha original, brille, por fin, para todos los pueblos y naciones una paz completa y sincera, sosegados los días y arreglados todos los negocios con justicia y equidad».

La piedad popular sigue identificando mayormente la obra religiosa de Murillo con sus pinturas de la Inmaculada, realizadas durante el muy polémico periodo sobre este tema entre dominicos y franciscanos que le tocó vivir al pintor sevillano. La visión pictórica de la Virgen Inmaculada, ataviada con deslumbrantes ropajes, coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies, tiene un trasfondo bíblico en el conocido texto del *Apocalipsis* de San Juan. Fue el maestro sevillano Pacheco quien en su *Arte de la Pintura* estableció las normas para la plasmación del misterio mariano de la Inmaculada: corona con doce estrellas en torno a su cabeza, túnica blanca, manto azul, aureola de luz, y la luna en cuarto creciente a sus pies. Además de Murillo, “el pintor de la Inmaculada”, los más famosos pintores (Roelas, Rubens, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Valdés Leal...) y escultores (Martínez Montañés, Alonso Cano...) pintaron y esculpieron entonces imágenes de la Inmaculada que se convirtieron en modelos para la posteridad.



Laboratorio de la casa aneja a la Farmacia Losada. Carmona

Manuel Machado, el delicado, elegante y refinado poeta sevillano del pasado siglo, supo describir con su “ángel” y tiernas palabras celestiales llenas de sensibilidad popular los bellísimos cuadros de la Inmaculada de Murillo. Concretamente el de “la morena”, que se conserva en la Sala Capitular de la catedral hispalense, y el de “la rubia”, expuesto en el Museo del Prado. Su talento fue hacer suyas palabras que son de todos y presentarnos de manera sencilla en el soneto *Las Concepciones de Murillo* a la Madre que mira y consuela a sus hijos desde el cielo con ojos divinos llenos de amor:

*De las dos Concepciones, la morena...
La de gracia celeste y sevillana,
la más divina cuanto más humana,
la que habla del querer y de la pena.*

*La pintada a caricias ideales...
La toda bendición, todo consuelo,
la que mira a la tierra desde el cielo,
con los divinos ojos maternales.*

*La que sabe de gentes que en la vida
van sin fe, sin amor y sin fortuna,
y en vez del agua beben el veneno.*

*La que perdona y ve... La que convida
a la dicha posible y oportuna,
al encanto de amar y de ser bueno.*

* * * *

Hace ochenta años tuve la dicha de nacer en una amplia y acogedora casa de alegres patios y patinillos y soleadas azoteas en la ciudad que es “lucero de Andalucía” y adora a la Estrella de la aurora (*Stella matutina*). La fachada principal daba a la risueña plazuela de la calle Sancho Ibáñez, donde a las horas de recreo y descanso del vecino colegio de Madre de Dios jugábamos con alborozo todos los niños del barrio a inocentes y divertidos juegos infantiles. Frente a la animada plazuela se alzaba macizo el blanco paredón aislante del convento de Dominicas, en cuyo espacioso interior de patios y clases las monjas echaban una mano más que valiosa y necesaria a nuestros ocupados y confiados padres, cooperando así muy solícitamente a nuestra educación e instrucción durante los siempre difíciles años de la infancia y primera adolescencia. Nunca olvidaré las muestras de cariño y disciplina con que nos trataban las monjas y, en particular, nuestras tías Gracia (sor

Antonia) y Teresa (sor Magdalena). Tía Gracia fue muchos años priora y destacaba por su inteligencia, modales exquisitos y bien hacer. Tía Teresa era un torrente de espontaneidad y cándida alegría, que ponía todo su empeño y entusiasmo en cuanto hacía, tanto en las tareas domésticas del convento, que incluían entre otras el bordado primoroso, como en las de atención a las ceremonias litúrgicas de la iglesia conventual, empezando su jornada al amanecer con el alegre toque de campanas, como en el siglo XVII lo hiciera el hermano dominico San Martín de Porres llamado “Fray Escoba”, gran devoto de la Virgen, en el convento de Nuestra Señora del Rosario de Lima. A mi hermano Pepe y a mí nos entregaba sin reservas su emotivo y puro corazón mientras nos enseñaba con eficiencia y ardor a tocar el piano. Así aprendimos los valeses de Dolores —nombre de una hermana suya y abuela nuestra— que llenaban de orgullo a nuestros padres cuando, después de ensayarlos repetidamente al compás de su batuta —que en una ocasión y por mi culpa me rompió sin querer en la cabeza— los interpretábamos los domingos a cuatro manos en el que fuera piano de la abuela en casa del abuelo viudo.

En las fiestas del calendario empezaron a sernos familiares, admirados y queridos los nombres de destacados dominicos, como Santo Domingo de Guzmán, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Santa Catalina de Siena, Fra Angélico... La recitación reiterada de avemarías se inició en el siglo X en ambientes cistercienses. Más que fundador del rosario, Santo Domingo —que vivió a caballo entre los siglos XII y XIII— predicaba el amor, la austeridad y la devoción a la Virgen María y dejó en su Orden de los dominicos el clima para que arraigara esta devoción mariana por excelencia. En sus largos viajes a pie tenía por costumbre cantar el *Ave Maris Stella*, el himno que aclama a María como Estrella del Mar (*Stella Maris*). También animaba a sus frailes, “los frailes de María”, para que cantaran la *Salve Regina*, con que concluía el canto coral diario. Parece ser que la Salve nació entre los siglos XI y XII y que fue la abadía suiza de Reichnau el lugar de su composición. El “Doctor angélico” (*Doctor angelicus*), Santo Tomás de Aquino, nombrado patrón de las escuelas y universidades por el Papa León XIII, nos transmitió en la doctrina mariana de su obra maestra, la Suma Teológica (*Summa Theologiae*), que la Virgen María —el triclinio donde descansa la Trinidad— es no solo llena de gracia, sino que nos hace llegar la gracia a todos los hombres: «De Ella, la Madre de Dios, recibió Cristo la naturaleza humana». El cristianismo, en contraste con el judaísmo, es universal y se abre a todos los hombres.

En 1216 Honorio III —amigo personal de Santo Domingo y de San Francisco de Asís y Papa providencial de la Iglesia— confirmó, ratificando a su predecesor Inocencio III, las dos principales “Órdenes mendicantes” de dominicos y franciscanos, y diez años más tarde aprobó por la bula *Ut vivendi normam* la Orden de los Hermanos Ermitaños de la Virgen María del Monte Carmelo (carmelitas).



José María Albareda. Italia (1952)

San Francisco, a quien se unió Santa Clara en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles de la Porciúncula, cabeza y madre de todas las iglesias franciscanas, fundó con ella la Orden de las Damas Pobres (clarisas). La Orden de los Siervos de María (servitas) fue fundada a comienzos del siglo XIII por un grupo de siete comerciantes florentinos que decidieron asociarse y abandonarlo todo para hacer vida comunitaria religiosa y tener a María como centro de su existencia. La Orden de Santa María de la Merced (mercedarios) para la redención de cautivos fue fundada a principios del siglo XIII en Barcelona, de la que es Patrona, por el mercader San Pedro Nolasco, alma enteramente mariana. Los Papas San Pío V y Gregorio XIII aprobaron la reforma de la Orden Carmelitana de Santa Teresa y de frailes y de monjas de Santa María del Monte Carmelo, bajo la denominación de carmelitas descalzos. La Orden de la Madre de Dios de las Escuelas Pías (escolapios) fue fundada por San José de Calasánz en 1621, y la de las Hijas de la Caridad por San Vicente de Paúl en 1633.

En el colegio de Madre de Dios y en su iglesia, que ostentaba una representación escultórica de la Anunciación en el retablo del altar mayor, empezamos a rezar a la Virgen y a Santo Domingo y a familiarizarnos con las sencillas oraciones cotidianas, como el Ángelus, el Rosario y la Letanía; al principio más bien novedad y rutina monótona y somnolienta, y más adelante, cuando nos fuimos haciendo hombres curtidos, de muy significativo y hondo calado. El rezo del rosario y la meditación de sus misterios han sido altamente recomendados y promovidos por los Pontífices a lo largo de la historia de la Iglesia. A comienzos del siglo XIV, el Papa Juan XXII, que había aprobado el rezo del Ángelus, que los franciscanos promovían por aquel

tiempo, ordenó que se recordara a diario a los fieles de Roma con un toque especial de campanas que debían rezar esta oración. Me gustaría, si pudiera ser y hubiera consenso, que se recobrará e intensificara esta piadosa costumbre en Carmona. Si algún día pudiera hacerlo regalaría a Santa María o a las monjas de Madre de Dios unas campanas con el mismo sonido que tenían las que yo solía oír repicar en Alemania los días de fiesta y que jamás he olvidado.

El rezo del “Salterio de la Virgen María”, o rosario (*Rosarium Virginis Mariae*), que se consideraba como algo privado de los círculos dominicos, fue aprobado por el Papa Sixto IV en 1479 para toda la Iglesia. Mediante la bula *Pastoris aeterni*, el Papa León X bendijo y concedió gracias a las llamadas *Cofradías del Rosario* de Santa María Virgen, instituidas en honor de la salutación angélica, sumándose a las concedidas por sus predecesores Sixto IV e Inocencio VIII. San Pío V publicó la constitución *Consueverunt Romani Pontifices* ensalzando el rezo del rosario, y el Papa franciscano Sixto V confirmó su institución por Santo Domingo en la bula *Dum ineffabilia*. Clemente VIII explicó en 1598 en el motu proprio *Pastoralis Romani* lo que cree la Iglesia sobre la Virgen María, precisando lo que quiere decir «concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen», así como los demás misterios y alabanzas del Avemaría.

Según Lope de Vega, el “Fénix de los ingenios “, de vida tan azarosa como al final piadosa, «en España no había habido tan gran amante de María después de San Ildefonso como San Simón de Rojas», el gran Santo trinitario vallisoletano apodado por el pueblo de Madrid “el padre Avemaría”; Lope lo equiparó también con San Bernardo. A su ardiente celo por propagar esta devoción se debe la costumbre tan española de saludarse con el *Ave María Purísima* y la de colocar este rótulo a la puerta de las casas. En la bula *Salutaris ille*, León XIII, promotor del rezo del rosario, decretó que en las letanías lauretanas se añadiera después de la invocación *Regina sine labe originali concepta* la alabanza *Regina Sacratissimi Rosarii* y estableció el mes de octubre como “Mes del Rosario”. León XIII, el Papa “social o de los obreros”, publicó en 1891 su famosa encíclica *Rerum novarum*.

A finales del siglo XIX, el presbítero don Andrés Manjón fundó en Granada las Escuelas del Avemaría y unos años más tarde unas Escuelas de Artes y Oficios para continuar la educación cristiana de los jóvenes, que fueron extendiéndose por toda España y ejercieron una magnífica labor social y cultural. En pleno fragor de la Primera Guerra Mundial, el Papa Benedicto XV —el Papa de la paz y promotor de la devoción de las Tres Avemarías, que tuvo su origen en el siglo XIII— decretó que se añadiera a la letanía lauretana la invocación Reina de la paz (*Regina Pacis*). La imagen de Nuestra Señora de la Paz se venera en Toledo desde los tiempos de su reconquista en 1085, y su fiesta se instituyó en el siglo XVII. En los años

cuarenta, Pío XII pidió repetidamente a la Reina del mundo para que cesase la Segunda Guerra Mundial.

Mientras estudiaba por libre en el Instituto San Isidoro de Sevilla los primeros cursos de Bachillerato me divertía los fines de semana y días festivos en Carmona jugando en el colegio de los Salesianos con los amigos de mi edad, a la vez que me formaba como buen cristiano a la sombra de *María Auxiliadora* de la mano de San Juan Bosco, uno de los grandes educadores del siglo XIX y patrón de la juventud. La invocación de María Auxilio de los cristianos (*Auxilium Cristianorum*) era conocida desde que San Pío V, gran devoto del santo rosario, la incluyó en la letanía lauretana a raíz de la victoria de Lepanto el 7 de octubre de 1571. Tras la liberación de Viena el 12 de septiembre de 1663, fue extendida veinte años más tarde a toda la Iglesia por el Beato Inocencio XI como festividad del Dulce y Santísimo Nombre de María, pero fue San Juan Bosco el verdadero creador de la devoción a María Auxiliadora y su apóstol y difusor. La fiesta de Nuestra Señora de las Victorias fue instituida por San Pío V el mismo día de la victoria de Lepanto, pero pasó pronto a denominarse de Nuestra Señora la Virgen del Rosario por la bula *Monet apostolus* del Papa Gregorio XIII. La fiesta comenzó a celebrarse el primer domingo de octubre, pero después pasó al día 7 del mismo mes. Gregorio XIII confió a los jesuitas la dirección de numerosos colegios y misiones, y el Colegio romano tomó de él el nombre de *Universidad Gregoriana*. Su nombre ha quedado también ligado a la reforma del calendario en 1582. En 1671 el Papa Clemente X extendió a todos los dominios de España la celebración de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Don Juan de Austria, antes de partir para Lepanto, se postró ante la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, Patrona de Málaga, que los Reyes Católicos regalaron a la ciudad después de su conquista. Parece ser que la imagen de Nuestra Señora de las Victorias, Patrona de Melilla, se venera también desde tiempos de los Reyes Católicos. Algunas de las poesías que don Miguel de Cervantes —“el manco de Lepanto” y cautivo en Argel, que estuvo en Carmona algún tiempo— dedicó a la Virgen María son reveladoras de sus creencias y de su esperanza. Entre otras, las de *El Trato de Argel*:

*En Vos, Virgen Santísima María,
entre Dios y los hombres medianera,
de mi mar incierto cierta guía,
Virgen entre las vírgenes primera;
en Vos, Virgen y Madre, en Vos confía
mi alma, que sin Vos en nadie espera,
que la habéis de guiar con vuestra lumbre
de este hondo valle a la más alta cumbre.*

Juan Bosco vivió desde niño con intensidad la devoción a María Inmaculada gracias a su madre Margarita. Don Bosco fundó en Turín en 1851 la Sociedad de San Francisco de Sales (salesianos), aprobada por el Papa Pío IX. La consagración del Santuario de María Auxiliadora de esta ciudad tuvo lugar en 1868. En el centro del gran cuadro que preside el retablo de la basílica aparece la Virgen, bañada en un mar de luz, con un cetro en la mano derecha y sosteniendo con la izquierda al Niño Jesús sonriente y con los brazos extendidos. Toda oración salesiana termina con la invocación “María, Auxiliadora de los cristianos, ruega por nosotros”. La gran familia salesiana celebra el 24 de mayo la fiesta de María Auxiliadora y el 31 de enero la de San Juan Bosco.

En otro plano, además de los padres salesianos también jugaron un papel importante en mi educación y formación los padres redentoristas, que celebraban sus cultos en la Iglesia de las Agustinas Descalzas y más asiduamente en la capilla de enfrente, donde tenían su Residencia. San Agustín y su madre Santa Mónica —que encauzó la vida desordenada de su hijo— son figuras excelsas del cristianismo. San Agustín fue, además de uno de los más grandes genios de la humanidad, padre de numerosos institutos antiguos y modernos que se han constituido siguiendo las directrices espirituales formuladas por él. Como mariólogo excepcional abordó en su amplísima obra —en la que destacan sus *Confesiones* y *La ciudad de Dios*— casi todos los temas marianos, entre ellos la virginidad y santidad total y perpetua de María y su maternidad divina. San Agustín, obispo de Hipona y Doctor y Padre de



Audiencia de Pío XII a la Promoción de Farmacia de la Universidad Complutense. Roma (1952)

la Iglesia, murió el año 430, uno antes de que el Concilio de Éfeso definiera a María como *Teotókos*.

San Alfonso María de Ligorio, fundador en el siglo XVIII de la Congregación del Divino Redentor (redentoristas), obispo y Doctor de la Iglesia, fue uno de los escritores que más han influido en la devoción mariana. En su obra *Las glorias de María* subraya que Dios quiere que todas las gracias nos vengan por María, y que fue en el Calvario donde la Madre del Redentor comenzó a ser de modo particular Madre de la Iglesia. El Beato Papa Pío IX confió a mediados del siglo XIX al padre general de los redentoristas el cuadro-icón bizantino de *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro*, que se cree procede de Creta y data del siglo XV. Después de venerarse durante varios siglos en la iglesia romana de San Mateo, hoy se venera en la iglesia romana de San Alfonso María de Ligorio. Siguiendo el encargo del pontífice, los padres redentoristas han difundido esta devoción por todo el mundo, y la imagen ha sido reproducida millones de veces. Don Juan Rodríguez Jaldón —el afamado pintor ursoanense que realizó gran parte de su obra en Carmona y fue íntimo amigo de mi padre— pintó para la Sanidad Militar de Sevilla el cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro, Patrona del Cuerpo de Sanidad Militar de España. Hace unos años fui obsequiado con una copia de este cuadro de mi maestro de pintura como agradecimiento por haber pronunciado en honor del Creador, de la Madre y de su Hijo una conferencia en el Colegio de Médicos.

En Carmona hubo también hermosos y magníficos conventos e iglesias de otras órdenes religiosas, como el de las clarisas, todavía hoy en activo, el de los franciscanos del barrio de este nombre, del que solo queda la capilla remozada, y el de los carmelitas descalzos de San José. En este último, hoy derruido, el ilustrado historiador y académico Trigueros, beneficiado de la parroquia de San Bartolomé en el Siglo de las Luces y gran desconocido de nuestros paisanos, improvisó un rudimentario jardín botánico para el cultivo de las plantas que le enviaban sus amigos y de las que él mismo recolectaba en los feraces campos de la vega, olivares, viñas y huertas de nuestro pueblo y en los agrestes alcores, como yo haría en mis tiempos de estudiante de Farmacia y tras acabar la carrera. Francisco Aguilar, profesor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y Benito Valdés, catedrático de la Facultad de Biología de la Universidad de Sevilla, han editado en 1998 el importante e interesante libro histórico *La Obra Botánica de Trigueros en Carmona*.

Después de finalizar los dos últimos cursos del Bachillerato en el acreditado colegio de San Francisco de Paula de Sevilla —situado frente al convento de las Hermanas de la Cruz, donde está enterrada Santa Ángela, y algo más lejos la iglesia de San Pedro, donde fue bautizado Velázquez— inicié brillantemente mis estudios de Química y Farmacia en la Universidad hispalense, sita entonces en la antigua

casa Profesa de los Jesuitas, mencionada por Cervantes en su *Coloquio de Cipión y Berganza*. En la grandiosa Iglesia de la Anunciación, ante el precioso cuadro del retablo central y acompañado de las imágenes de San Ignacio y otros fundadores de la Compañía de Jesús del excelso escultor Martínez Montañés, tuve el honor de pronunciar como catedrático de Bioquímica y Biología Molecular el discurso de inauguración del curso académico 1987-88. El precioso patio central de la Universidad de la calle Laraña —ahora afeado por una reforma impropia— estaba en aquella época presidido por la majestuosa estatua de su fundador, el canónigo carmonense judeoconverso Maese Rodrigo, gran devoto de la Virgen María, que yace enterrado al pie del altar en la capilla sevillana de la Puerta de Jerez del Colegio de Santa María de Jesús, primera sede de la Universidad Hispalense. En la tabla central del retablo hay una imagen bellísima de la Virgen de la Antigua, pintada hacia 1520 por Alejo Fernández, recibiendo de Maese Rodrigo en actitud oferente el edificio del Colegio. La imagen de la Virgen está coronada por dos ángeles. El Colegio de Santa María de Jesús, fundado hace ahora cinco siglos por concesión de una bula por el Papa Julio II el 12 de junio de 1505, se trasladó a la casa Profesa en 1771, año en que se diseñó el nuevo sello de la Universidad con la leyenda *Sigillum Regiae Universitatis Litterariae Hispalensis*. En campo azur se representa entronizado a San Fernando, con San Leandro y San Isidoro a sus lados, y sobre una nube de gloria a Santa María de Jesús, coronada también por dos ángeles. Este es también el sello de la nueva Facultad de Farmacia de la Universidad de Sevilla, a cuyo nacimiento y puesta en marcha en el campus de Reina Mercedes tuve el honor de contribuir junto con otro profesor farmacéutico, el catedrático de Botánica Emilio Fernández-Galiano.

Durante los cursos de Bachillerato y motivados por el interés que siempre mostró mi padre por nuestra formación en todos los campos, iniciamos mi hermano Pepe y yo experimentos de Química muy pedagógicos y atractivos en los laboratorios del Colegio de Farmacéuticos, ubicado en aquella época en un piso de la calle Mercedes de Velilla, encima del cual vivíamos nosotros. Es posible que entonces naciera mi vocación por esta rama básica de la Ciencia y se forjaran mis vínculos indisolubles con los fundamentos biofísicoquímicos de la Farmacia. En 1947 me trasladé a Madrid para continuar mis estudios de Farmacia en la Ciudad Universitaria de la Universidad Complutense. Allí conocí a don José María Albareda, aragonés de la compromisoria ciudad de Caspe, y le tuve como profesor. Precisamente ese año nacieron en Madrid de la mano del jesuita Tomás Morales, en la iglesia hoy desaparecida de la calle Zorrilla, junto al Parlamento, donde yo solía oír misa, “las Vigilias de la Inmaculada”, cada vez de mayor actualidad en el mundo. Tras terminar la licenciatura en Madrid, mi carrera experimentó un drástico cambio de rumbo al renunciar con buen sentido y gran dolor de mi corazón a ejercer las funciones de boticario en una de las más clásicas boticas de Carmona, situada en la



José María Albareda. Iglesia del Espíritu Santo, Madrid (1963)

céntrica plaza de Arriba o de San Fernando. En aquel periodo instalé un doméstico pero bien equipado laboratorio en “la casa de la esquina”, una pintoresca y esbelta casa-torre aneja a la farmacia de mi tío Luis, donde me familiaricé con las técnicas microbiológicas y bioquímicas y realicé análisis clínicos.

* * * *

Mi carrera como farmacéutico investigador y profesor se planificó y decidió definitivamente en el verano de 1952 tras una sustanciosa conversación con mi maestro don José María Albareda a la orilla de un sereno y precioso lago de Italia durante el viaje de fin de carrera de nuestra promoción de la Facultad de Farmacia. Don José María era miembro de la Academia Pontificia de Ciencias —creada por Pío XI, Papa de sólida cultura literaria y científica— y logró una cita con las autoridades del Vaticano para que su sucesor Pío XII, esforzado pacifista de gran altura intelectual y excelente políglota, nos recibiera en audiencia. Lamentablemente nuestro autobús fue averiado malévolamente en Bolonia —antiquísima ciudad universitaria de gran actualidad en Europa donde está enterrado Santo Domingo—, razón por la que hubo que retrasar la llegada a Roma. El profesor Albareda consiguió hábilmente que el Papa, que nos iba a recibir como recién licenciados en Farmacia, lo hiciera al día siguiente como investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y accediera amablemente a fotografiarse con nuestro grupo. Este cambio de circunstancias no pasó desapercibido al inteligente y perspicaz Pontífice, que

sin darle más importancia se lo hizo constar así graciosamente a Albareda durante la audiencia. En la fotografía del grupo, no sé si voluntaria o involuntariamente, aparezco situado al lado del Papa. ¡Para mi bien, creo que algo se me pegó!

A mi vuelta de Italia me enclaustré en Ávila —la ciudad medieval de cantos y santos— para realizar las prácticas de alférez de las Milicias Universitarias en el regimiento de Defensa Química. Más que instruirme en las artes y maniobras del ejército me enriquecí y perfeccioné conociendo de cerca y a fondo las obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Doctores de la Iglesia y reformadores del Carmelo. Más adelante, a lo largo de mi carrera en Alemania, Dinamarca y Estados Unidos, tuve la fortuna de conocer y tratar a fondo a otros dos académicos españoles de la Pontificia, los profesores Manuel Lora-Tamayo y Severo Ochoa. A los tres he dedicado varios homenajes y publicaciones. Para mí ha sido además un gran honor haber sido invitado a escribir sus biografías para la Real Academia de la Historia.

Ochoa, Lora-Tamayo y Albareda —maestros a imitar y seguir, aunque inimitables e inalcanzables— representan un trío de personalidades excepcionales de la ciencia española contemporánea, y el Pregón con que hoy me honran los farmacéuticos sevillanos me depara una ocasión única para recordar conjuntamente la labor de estas grandiosas vidas paralelas que tanto significado han tenido y tienen para España y para mí en particular. Los tres titanes fueron becarios de la Junta para Ampliación de Estudios y miembros de muy diversas Academias, y los tres han constituido sin duda el recio y seguro trípode en que se asienta la ciencia española actual, fulgurante y rotunda como ninguna otra en nuestra historia. El profesor Ochoa —asturiano de profunda raigambre y estudiante de Bachillerato en Málaga y Sevilla— fue columna monolítica de la Bioquímica y Biología Molecular en nuestro país, al que prestó todo su apoyo, y desarrolló esencialmente su labor universal en los Estados Unidos de América, donde le conocí durante mi estancia en California antes de que le fuera concedido el Nobel. Don Severo fue también pieza clave en la creación de la SEB y del Centro de la Universidad Autónoma de Madrid que lleva su nombre. Los profesores Albareda y Lora-Tamayo —ambos farmacéuticos y químicos ilustres, y fundadores, respectivamente, de escuelas propias de Edafología y Biología Vegetal y de Química Orgánica de la máxima solidez y empuje— vivieron en nuestra nación los avatares de nuestro acontecer histórico, antes, durante y después de la guerra civil, profesionalizaron y promovieron la investigación en todo el territorio español y abrieron en una época de aislamiento las puertas para que la ciencia exterior nos vivificara y para que los científicos españoles salieran fuera a los mejores centros de investigación extranjeros.

La polifacética obra cultural y científica de Albareda y Lora-Tamayo cristalizó sobre todo en la organización del Consejo, promoción de becarios, ayuda

a la investigación y fundación perseverante y pujante de innumerables Cátedras investigadoras, Institutos y Estaciones experimentales por toda España. Con visión y perspectiva de políticos-científicos de gran alcance, don José María y don Manuel enseñaron a varias generaciones de jóvenes investigadores y profesores el camino para entrar con entusiasmo y confianza en el siglo XXI. Estas jóvenes generaciones cuentan ya en sus filas, tanto en los centros propios del Consejo como en los centros mixtos Universidad-Consejo, en los de ciencia básica como en los de ciencia aplicada, en los de Artes y Humanidades como en los de Ciencia y Técnica, con una magnífica legión de científicos de primera línea, muchos de ellos farmacéuticos.

Nadie mejor que don Severo Ochoa para mostrarnos la situación y evolución de la biología y especialmente de la bioquímica en España en los tiempos que le tocó vivir en la primera y segunda mitad del pasado siglo. En la sesión de clausura del VI Congreso de Bioquímica celebrado en Sevilla —que tuve el honor de organizar en 1975 por mandato de la SEB durante el rectorado de don Manuel Clavero y al que asistieron los premios Nobel Cori, Delbrück, Fisher, Krebs, Leloir y Ochoa y fue presidido por el entonces ministro de Educación y Ciencia don Manuel Lora-Tamayo— el profesor Ochoa afirmó con énfasis y rotundidad:

«En 1936 se inicia un periodo de eclipse de la ciencia española que comienza con la guerra civil y dura varios años. Aquí es donde quiero colocar la figura de Alberto Sols, quien contribuyó de manera destacada al renacimiento de la ciencia española haciendo surgir con vigor inusitado una ciencia, la bioquímica, que apenas había iniciado su aparición en el ámbito científico español cuando comenzó el eclipse. Alberto Sols, como dijo muy bien Manolo Losada, es pionero y quijote de la bioquímica española... El quijotismo de Sols iba a tropezar con enormes dificultades, pero era realizable para un hombre de su capacidad y su tesón. En ello debemos reconocer la base que encontró en la labor de los hombres que le precedieron. Estos fueron José Luis Rodríguez Candela, científico pionero y entusiasta gestor del Centro de Investigaciones Biológicas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que tendió una mano a Sols y le atrajo a dicho Centro, y Ángel Santos Ruiz, que inició en solitario la enseñanza y la difusión de la bioquímica en España a partir de la guerra civil.

Al correr de los años, la bioquímica en España fue creciendo en cantidad y, lo que es más importante, en calidad. Los jóvenes licenciados que recibían su entrenamiento básico en investigación, en laboratorios como el de Sols, y algo más tarde en los de Losada, Rodríguez Villanueva, Vázquez y otros, marchaban a ampliar estudios en el extranjero con una sólida formación que los hacía aceptables en competencia libre con candidatos de otros países. Terminado su periodo de formación postdoctoral, estos jóvenes tenían la posibilidad de regresar a España a trabajar, gracias a los laboratorios creados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas... Allí encontraban comprensión y estímulo; en definitiva, comenzaba a encontrarse en España una atmósfera, a la importancia de la cual me he referido tantas veces, que es tan esencial para la creación intelectual.

Sin el Consejo, no creo que hubiera podido realizarse en España la labor científica que se llevó a cabo desde que el país, finalizada la guerra civil, pudo rehacer su economía y su vida y salir de la fase de eclipse mencionada anteriormente... Quiero dedicar aquí un sentido recuerdo a la figura del padre José María Albareda, que durante muchos años, más aún que su secretario general, fue el alma y la inspiración del Consejo. Sin Albareda, el Consejo tal vez no hubiera existido y sin él no hubiera llegado la biología, y dentro de la biología la bioquímica española, a alcanzar el grado de desarrollo que tiene en la actualidad. Igualmente quiero recordar el valioso y decidido apoyo prestado al Consejo por don Manuel Lora-Tamayo. El nombre del Consejo está, sin duda, vinculado a muchas personas, pero está ciertamente indisolublemente unido al de estos dos hombres».

El primer Instituto de Biología Celular que con este nombre hubo en España y del que tuve el honor de ser nombrado director nació, a mi vuelta de California, en 1964 a instancias y con el apoyo inestimable de don José María, que desde que se lo propusimos comprendió la significación de su cometido en la moderna Biología. Para nuestra suerte se instaló en el recién construido Centro de Investigaciones Biológicas, conocido como “el Cajal”, de la madrileña calle de Velázquez. El nuevo Instituto tuvo su origen en la fusión de las secciones de Citología, Microbiología, Bioquímica y Fisiología Celular, que dirigían conmigo Avelino Pérez Geijo, Julio R. Villanueva, Gonzalo Giménez Martín y Manuel Ruiz-Amil, todos farmacéuticos discípulos de Albareda y ya investigadores científicos.



Manuel Lora-Tamayo. Real Academia de Ciencias, Madrid (1972)

Don José María Albareda, primer Rector de la Universidad de Navarra, murió relativamente joven a la edad de 64 años en 1966, víctima de un infarto de miocardio, mientras celebraba su misa matutina, pues había luchado mucho y estaba avejentado. Cuando su gran corazón no pudo más, cayó fulminado por el rayo de la muerte entregando confiado su alma a Dios, su más firme apoyo, su más viva esperanza y su más deseado anhelo. Pero antes ya había sembrado en suelo fértil, y su semilla iba a producir abundante y buena cosecha y no sólo en los campos de la Agricultura y de la Ciencia, sino en infinidad de ellos y en muy variados aspectos. A don Manuel, a quien conocí en Münster durante mi época de becario en Alemania, volví a encontrarlo en Munich en 1967, ya Ministro de Educación y Ciencia y Presidente efectivo del Consejo, en compañía de las máximas autoridades científicas de nuestra época —el físico cuántico Heisenberg, los bioquímicos Butenandt y Lynen, y otros premios Nobel alemanes. A los jóvenes profesores e investigadores de entonces nos llenaba de confianza y orgullo comprobar que el timón de nuestra política científica nacional e internacional era manejado con destreza y clarividencia por unas inteligencias privilegiadas y unas manos firmes y seguras que conocían a la perfección el rumbo exacto a seguir para sacar a nuestra patria de su posición cultural y científica rezagada.

Algunas de las mayores emociones de mi vida tuvieron lugar en 1963, mientras vivía en la Residencia de Estudiantes, cuando don José María Albareda nos dijo a mi mujer y a mí la misa de esponsales en la Iglesia del Espíritu Santo del Consejo y, diez años más tarde, cuando tuve el honor de pronunciar mi discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias —*La Fotosíntesis del Nitrógeno Nítrico*— para ocupar la vacante de mi querido maestro en sesión solemne presidida por mi también querido y admirado don Manuel Lora-Tamayo. Don Manuel, andaluz de pura cepa y muy ligado a Sevilla, fue un hombre de gran sabiduría y fe profunda; una y otra le darían ánimos para afrontar con fortaleza los momentos difíciles y amargos y para aceptar con paz los últimos años de su vida y con resignación los padecimientos de su enfermedad postrera. Es reconfortante el mensaje que quiso dejar escrito a sus hijos como precioso legado: «Que los problemas que la vida os presente os ayuden a un íntimo conocimiento de que el dolor y el sufrimiento sólo se superan en un diálogo con Dios, que da el consuelo en la tierra y el gozo de lo que en la otra vida se espera alcanzar... Eso es lo más importante que desearía prendiera en vosotros».

* * * *

Entre todos los países del mundo cristiano España destacó siempre por su fervor mariano y especialmente inmaculista y asuncionista. Los cristianos comenzaron a celebrar desde antiguo (siglos IV-V) el tránsito y triunfo pascual de María en la fiesta

de la Dormición y Asunción. El Papa Pío XI la declaró Patrona de Francia. Nuestra Señora de la Asunción es la titular más común de las parroquias de aldeas, pueblos y ciudades de España. En Sevilla se celebra con gran fervor litúrgico y popular, coincidiendo con la festividad de la Virgen de los Reyes, Patrona de la ciudad y de su archidiócesis por disposición de Pío XII. La imagen románica del siglo XIII es de madera de alerce, tiene al niño Jesús en sus rodillas y se venera en la Capilla Real. El Misterio de Elche (*Misteri d'Elx*) se sigue representando y celebrando con gran esplendor en la ciudad valenciana de el Palmar, como pudimos contemplar y disfrutar Antonia y yo hace unos años, invitados por el profesor Santiago Grisolí. Un gran apóstol de la Asunción fue el famoso predicador franciscano del siglo XIII San Antonio de Padua, Doctor de la Iglesia.

El 1 de noviembre de 1950 tuvo lugar bajo el papado de Pío XII la definición dogmática de la Asunción y fue una de las fiestas más grandes de la Iglesia del siglo XX. Dos días antes de proclamar el *dogma* de la *Asunción de Santa María Virgen*, el Sumo Pontífice había convocado un consistorio de cardenales y prelados a los que dirigió una alocución anunciándoles el solemne acontecimiento de la declaración del dogma y recordándoles el profundo estudio que habían hecho los expertos sobre el tema resumiendo todas las peticiones llegadas a la Santa Sede sobre esta materia y examinándolas con la mayor atención. Finalmente les pidió que expusiesen su parecer y ellos manifestaron su acuerdo “con un solo pensamiento y una sola voz”. Mediante la constitución apostólica *Munificentissimus Deus* Pío XII «pronunció, declaró y definió ser dogma de revelación divina —y que por tanto debe ser creído— que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste».

Gerardo Diego, poeta y músico, describió con versos musicales el misterio de la subida de María al Cielo. En el soneto *A la Asunción*, que termina con la oración del desterrado enamorado que queda aquí abajo expectante, el triunfo de la flor más hermosa y de la llama más ardiente suena a gloria:

*¿Adónde va, cuando se va, la llama?
¿Adónde va, cuándo se va, la rosa?
¿Adónde sube, se disuelve airosa,
hélice, rosa y sueño de la rama?*

*¿Adónde va la llama, quién la llama?
A la rosa en escorzo, ¿quién la acosa?
¿Qué regazo, qué esfera deleitosa,
qué amor de Padre la alza y reclama?*



Severo Ochoa. Madrid (1980)

*¿Adónde va, cuando se va escondiendo,
y el aire, el cielo queda ardiendo, oliendo
a olor, ardor, amor de rosa hurtada?*

*¿Adónde va el que queda, el que aquí abajo,
ciego del resplandor, se asoma al tajo
de la sombra transida, enamorada?*

El Papa Pío XII decretó con la carta encíclica *Fulgens corona* la celebración en todo el mundo del Año Mariano en 1954 para conmemorar el I Centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción por el Beato Pío IX e instituyó la fiesta litúrgica de *María Reina* (encíclica *Ad coeli Reginam*), que se celebra en la octava de la Asunción de María. Con motivo de la institución de esta fiesta de la *Realeza de María*, Pío XII explicó en una alocución cómo debe concebirse esta realeza y terminó con una larga oración a la Virgen en la que pide que «reine sobre las inteligencias, para que busquen solamente la verdad; sobre las voluntades, para que persigan solamente el bien, y sobre los corazones, para que amen solamente lo que Dios ama»... Y finaliza «acoge la piadosa oración de cuantos saben que tu reino es reino de misericordia, donde toda súplica encuentra acogida, todo dolor consuelo,

alivio toda desgracia, toda enfermedad salud, y donde, como a una simple señal de tus suavísimas manos, de la muerte misma brote alegre la vida». El año 1954 fue también para mí muy especial, pues inicié entonces mi carrera investigadora en Münster, histórica ciudad y capital de Westfalia, en la que años más tarde ejercería su labor profesoral y enseñaría teología Joseph Ratzinger, actual Benedicto XVI. Pío XII había sido nuncio del Imperio alemán desde 1917 y había firmado el “Reichskonkordat”. Benedicto XVI ha proclamado recientemente Venerables a los dos grandes Papas marianos Pío XII y Juan Pablo II.

El Beato Juan XXIII anunció a comienzos de 1959, a los tres meses de su elección como obispo de Roma y sucesor de Pío XII, la celebración de un *Sínodo diocesano* para la Urbe y de un *Concilio ecuménico* para la Iglesia universal que daría a ésta el conjunto de mariología más completo que todos los concilios anteriores. Ante el asombro de todo el mundo dijo el Papa Roncalli en su alocución a los cardenales reunidos en la basílica de San Pablo Extramuros: «El conocimiento, que ya nos era familiar y que se ha confirmado y ampliado en estos tres meses de nuestra dedicación al servicio de los *siervos de Dios*, nos anima a confiar en la Gracia celestial: ante todo en la intercesión de la Inmaculada Madre de Jesús y Madre nuestra...». A mediados de 1960, el Papa Juan XXIII comenzaba la etapa preparatoria del Concilio Vaticano II con un discurso pronunciado el mismo día de Pentecostés: «María, la dulce Madre de Jesús, Verbo Divino, que se hizo carne en Ella por la gracia del Espíritu Santo y se hizo así Madre nuestra, esté siempre con nosotros... para salvación de todo el mundo». El Concilio Vaticano II fue finalmente convocado por Juan XXIII el 11 de octubre de 1962, por ser ese día la fiesta litúrgica de la *Maternidad divina de María*, la fiesta mariana más antigua (siglos IV-V), que se trasladaría después del Concilio al 1 de enero con el título de *Santa María, Madre de Dios*. En la homilía de la solemne apertura Juan XXIII, el Papa abierto a la unidad de los cristianos, quiso expresamente poner el Concilio bajo la protección maternal de María: «El marco litúrgico de la Navidad del Señor es el más indicado para celebrar la maternidad de María, que nos dio a su Hijo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre».

Pablo VI, el Papa que llevó a cabo el Concilio Vaticano II, proclamó en 1964 a María Madre de la Iglesia. Esta invocación se incluiría años más tarde en las letanías lauretanas. El largo capítulo VIII de la constitución dogmática *Lumen gentium* constituye la más completa síntesis doctrinal sobre la Virgen María y es el más importante documento mariano conciliar en la historia de la Iglesia. El 8 de diciembre de 1965, festividad de la Inmaculada Concepción, se celebró solemnemente la clausura del Concilio Vaticano II bajo la presidencia de Pablo VI. Fue el año en que nació nuestra hija María. En su breve *In Spiritu Sancto*, con el que clausuraba el Concilio, el Papa comenzó diciendo: «Reunido en el Espíritu Santo y

bajo la protección de la Santísima Virgen María, que hemos declarado Madre de la Iglesia, de su esposo San José y de los Santos apóstoles Pedro y Pablo... el Concilio Vaticano II debe ser considerado sin ninguna duda como uno de los acontecimientos más importantes de la Iglesia».

Uno de los más logrados frutos del Concilio Vaticano II fue la promulgación en 1992 por Juan Pablo II del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en concreto la sección de Mariología. El Concilio nos recordaba, y no es superfluo subrayarlo ahora, que «No se puede invocar a Dios, Padre de todos, si no nos comportamos como hermanos con los hombres que han sido creados a su imagen y semejanza». Pablo VI publicó en 1974 la exhortación apostólica *Marialis cultus*, el más completo y actual sobre el culto a María, que no tiene par en la historia de los documentos pontificios marianos. Desde las apariciones de la Virgen en Lourdes y Fátima y la visita a sus santuarios de los últimos Papas ha aumentado la devoción a la Inmaculada Concepción y a Nuestra Señora del Rosario.



Daniel I. Arnon. Universidad de Sevilla (1992)

La Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada cumplió el año 2000 su 150 aniversario y yo tuve el honor de ser invitado a pronunciar la conferencia de clausura, ocasión que aproveché para hablar de las primeras mujeres farmacéuticas. Hace también unos años dediqué en la revista *Amio Informa* un ensayo titulado *Mujeres admirables* a mi profesora de Ciencias doña Isabel Ovín, primera Licenciada en Química por la Universidad de Sevilla el año 1917, y a la primera Licenciada en Farmacia por la Universidad de Granada en 1896, a los dieciocho años de edad, doña Gertrudis Martínez Otero —tía abuela de una de mis más jóvenes doctoras, nieta a su vez del pintor Juan Rodríguez Jaldón—, que ejerció su profesión en Sanlúcar de Barrameda y fue colegiada activa del Colegio profesional de Sevilla. Mi artículo terminaba así: «Dios nos ha dado la inteligencia y la conciencia como las mejores guías para enfrentarnos airoso y victoriosamente con los problemas que el mundo nos plantea, y María ha sido la respuesta para muchas almas que han buscado el Amor, el Bien y la Verdad con sencillez, sinceridad y humildad... Saludemos confiadamente cada mañana al levantarnos y cada noche al acostarnos a la Madre de Dios con el *Ave María*».

Editado por:



*Real e Ilustre Colegio Oficial de Farmacéuticos
de la Provincia de Sevilla*



Fundación Farmacéutica Avenzoar
CIENTÍFICO - PROFESIONAL FARMACÉUTICA
